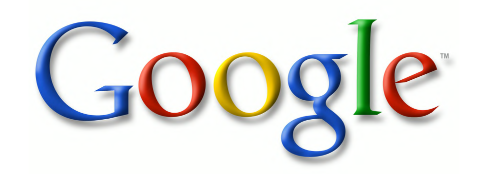
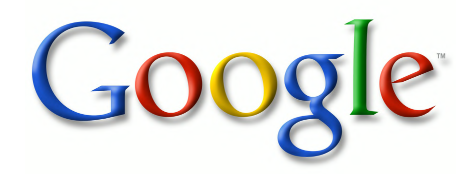
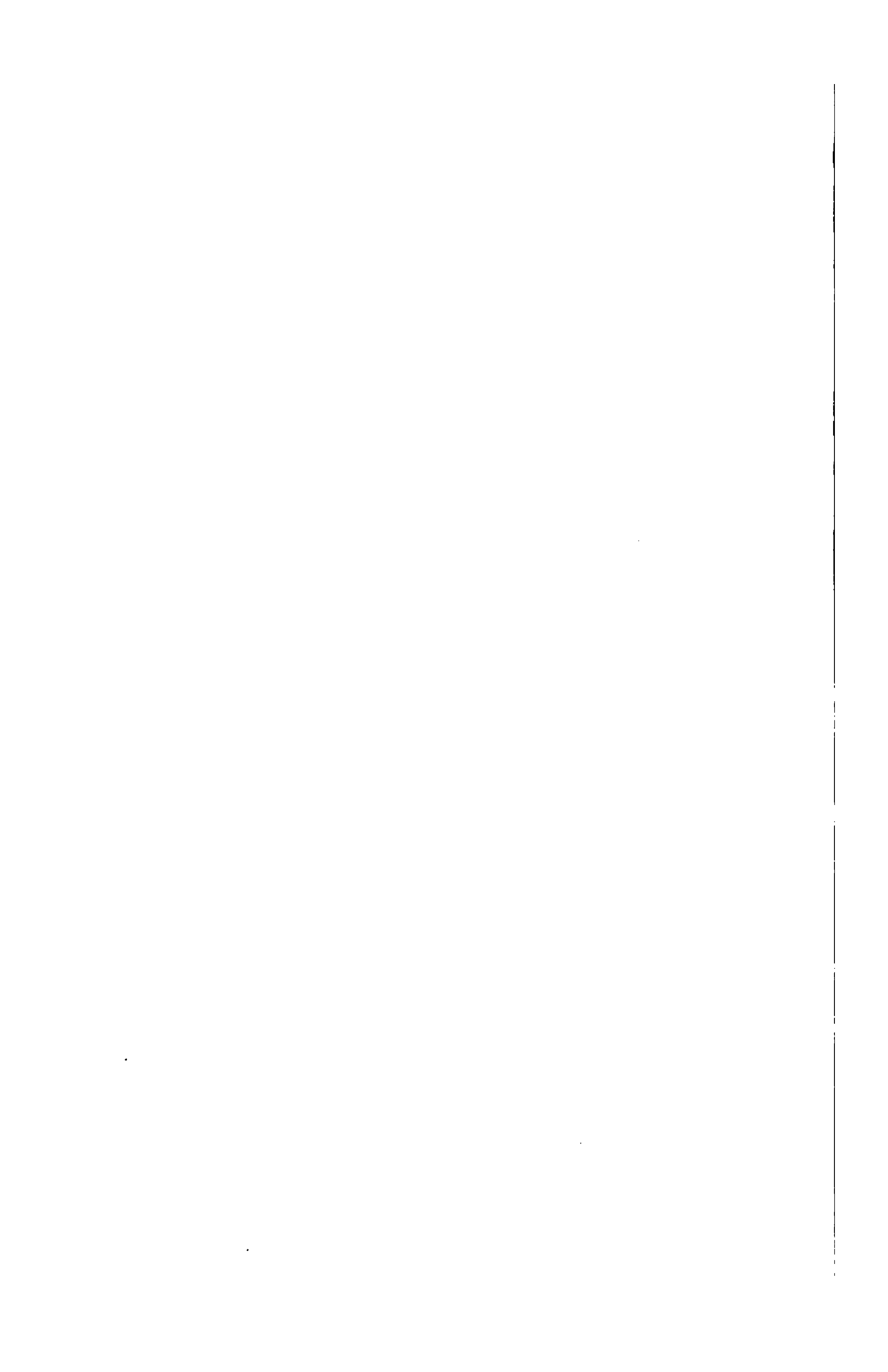

Google






TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU MINA TIO MEA



HIGUAMOTA.

DRAMA EN CINCO CUADROS

ESCRITO EN DIVERSOS METROS

POR

DON PATRICIO DE LA ESCOSURA.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAS.

ANACAONA, *cacique de Jaragua.*
HIGUAMOTA, *su hija.*
FRANCISCO ROLDAN, *aventurero y alcalde mayor de la isla.*
DON HERNANDO DE GUEVARA. } *Caballeros aventureros*
ADRIAN DE MOGICA...... }
UN CAPITAN. } *Aventureros.*
DON RODRIGO. }
MARTIN... }
LOPE...... }
SOLDADOS 1.° y 2.°
GUARIONÉS, *cacique de la montaña.*
CACIQUES 1.° *y* 2.°
UN INDIO.
UN CENTINELA.
AVENTUREROS, SOLDADOS, CACIQUES Y PUEBLO INDIO

La escena en la Isla Española, en 1491.

CUADRO PRIMERO.

El teatro representa un bosque en las inmediaciones de Jaragua.

ESCENA PRIMERA.

GUEVARA. MOGICA.

Guev. Tal es, Adrian, la fortuna
que vinimos á buscar:
oro poco; pelear;
y recompensa ninguna.
Todo á Colon importuna:
rebelde llama al valor;
escandaloso al amor;
enriqueciste, es usura;
pues si empobreces, locura;
callas, malo; hablas, peor.
Mog. Fuego de Dios, ¡cuál te esplicas!
Y en suma dices verdad,
que él no atiende á calidad,
ni te escucha, si replicas.
Guev. ¡Buen escuchar! — Entre picas
me hizo salir de Isabela.
Mog. Mal rayo en la carabela
que le trajo hasta Española.
¿Piensa que somos de Angola,
ó muchachos de la escuela?
Guev. Roldan, Roldan, que en su mano...
Mog. Roldan es otro que tal.
Fue rebelde, ahora es leal,
y será siempre tirano.
Vendiónos como un villano;
y él solo movió la guerra,

la primera que esta tierra
hizo á Colon, y no en valde,
pues hoy, Hernando, es alcalde,
y por Colon nos aterra.

Guev. Sí; ya sé de su alcaldía.

Mog. No empuña en vano la vara.

Guev. Podrá costarle muy cara
si conmigo su osadía...

Mog. Cosas hay que estrañaría
mas que verte en un encierro
si se empeña.

Guev. Si es de hierro
su corazon podrá ser.

Mog. Pues cuenta debes tener,
porque mandó tu destierro.

Guev. Adrian Mogica, mi primo,
debe saber quién yo soy,
y que al destierro no voy
sino me falta este arrimo. (*Empuñando.*)

Mog. Pues tambien cuánto le estimo
sabe Hernando de Guevara;
y que mi vida arriesgára
por su deudo y amistad.

Guev. Yo sé bien tu lealtad,
y de no, no te escuchara,
porque á esta nueva region,
los que en España nacimos,
mal parece que vinimos
á traer la religion.
Roldan se opuso á Colon,
mañana á Roldan Mogica...
sangre española salpica
hasta el oro que nos ceba;
ni hay hombre ya que se mueva
sin el mosquete y la pica.

Mog. Voto al diablo que es curiosó
verte hacer el misionero.

Guev. Yo, primo, soy el primero
que me acuso de furioso.
Mancebo soy, orgulloso;

tengo sangre de alquitran;
dos ojos negros me harán
dar el alma al enemigo...

Mog. Ya Colon, como tu amigo,
se la arrebata á Satán.

Guev. Tal dice su tiranía:
disoluto me llamó
porque un quidam le contó
que á dos indias requeria.
Y á la verdad que mentía.

Mog. ¡Tú una sola!

Guev. Si eran tres
por mi cuenta en solo un mes;
y si me deja son cinco.

Mog. Cuatro has perdido en el brinco:
mas tú tienes buenos pies.

Guev. ¡Ay, Adrian, que mas perdí!

Mog. Si eran cinco y tienes una...

Guev. Que ya es mi bien, mi fortuna.

Mog. Trescientas veces te oí
decir lo mismo, y asi...

Guev. Amo, primo, y muy de veras.

Mog. Por el tiempo que la quieras,
lo supongo.

Guev. Y por mi vida.

Mog. No quisiera que medida
por ese amor la tuvieras.

Guev. Pues te engañas, por Dios vivo,
porque de veras la adoro;
es mi cielo, mi tesoro,
y yo su humilde cuativo.

Mog. ¿Y qué muger te halló esquivo?

Guev. Estás, primo, en un error:
digo que amo con furor.

Mog. Y tú, Hernando, estás estraño.
¿Pues no era amor lo de antaño?

Guev. Era antojo, y no era amor.

Mog. Por palabras disputamos.

Guev. Tú no alcanzas, ya lo veo,
lo que va de un galanteo

al sufrir de cuando amamos.
La dama que deseamos
es cebo que nos alienta;
fuente que á boca sedienta
convida con la frescura:
toca el labio su hermosura,
se humedece y se contenta.
Pero amor á una muger
convierte en Dios que se adora,
de quien con ruegos se implora
que nos deje padecer.
Desear sin pretender,
darla vida, sin pedir
mas que el triunfo de morir
por su dama, eso es amar;
que es dificil de esplicar,
mas penoso de sentir.

Mog. Tú á Juan de Mena leiste,
vive Dios, ú otro coplero:
me has hallado á mí el primero,
y las coplas me dijiste.
Dígole que tendrá chiste
su retórica con ellas;
que el mentir de las estrellas...
pero á mí, que sé sus mañas,
no me venga con patrañas,
buenas, digo, con sus bellas.

Guev. No en que me creas me empeño,
porque yo quien ama soy,
y muchas veces estoy
con mis dudas de si sueño.
No sé qué fatal beleño...

Mog. Si hablas ya como un poeta:
á Dios tu pobre chaveta.

Guev. Ahí veras cómo me tiene.

Mog. Veremos el mes que viene
lo que apunta la veleta.
Pero allí viene Roldan.

Guev. Nada digas de mi amor
delante de él...

Mog. ¡Qué! ¿Temor...
Guev. Ni él, ni ciento me lo dan:
mas los amores estan
mejor entre poca gente.
Mog. Tambien te has vuelto prudente.
Amor tienes milagroso.
Guev. El alcalde está orgulloso:
mucho levanta la frente.

ESCENA II.

GUEVARA. MOGICA. ROLDAN. *Salúdanse ceremoniosamente.*

Rold. Mucho madrugan, señores.
Mog. Y vos nos dais el ejemplo.
Rold. Aqui á mis anchas contemplo
la hermosura de las flores,
de ese bosque los verdores...
Guev. Inocente diversion.
Rold. A un honrado corazon
bastan, Guevara, las tales.
Otros dan á eternos males
con las suyas ocasion.
Mog. Verdad es: y en Española
sobran ejemplos por Dios.
Rold. ¿Tal creeis, Mogica vos?
Guev. Y su creencia no es sola.
Hay quien un dia enarbola
el pendon de independencia;
y despues...
Rold. Digo, en conciencia,
que es detestable morada.
(*A Guevara.*)
Dichoso vos: la jornada
vais á hacer...
Guev. ¿Qué?
Rold. Su excelencia
manda que apreste un bajel
para serviros, Guevara:

honra es esta grande y rara
que no todos logran dél.
Dice tambien su papel
que se embarque...

Guev. ¿Esta semana?

Rold. Mejor es hoy que mañana.

Guev. Y será si yo quisiere.

Rold. Colon, Hernando, lo quiere:
vos lo hareis de búena gana.

Mog. Trata Colon como á esclávos
á los nobles de Castilla.

Rold. Ireis, Guevara, á Sevilla.

Guev. Faltan que atar muchos cabos,
y no iré.

Mog. Tendrá cien bravos...

Rold. Que le sigan hasta España,
podrá ser. — Para esa hazaña
da permiso el almirante.

Guev. Si tal piensa que yo aguante,
voto á Cristo que se engaña.

Rold. No jureis, que está mal visto.

Guev. ¿Asi á un hidalgo destierra?

Rold. No, que os manda á vuestra tierra.

Guev. Otra vez os voto á Cristo
que no me iré.

Rold. Pues, yo insisto,
Guevara, en que obedezcais;
y sabré, si os obstinais,
mal que os pese haceros ir.
Es ya inútil el decir:
lo que importa es el que os vais.

(*Vase. — Guevara empuña. — Mogica le contiene.*)

ESCENA III.

GUEVARA. MOGICA.

Guev. Deja, déjame, Mogica,
antes que el vil se me huya.

Mog. ¿Qué vas á hacer? ¿No conoces

que es, Hernando, una lócura?
Cuando él osa amenazarte,
es que tiene quien le escuda.
Guev. ¿Y quién podrá de mi brazo?
Mog. Él de tu espada se burla.
Guev. Pues vive Dios que le haré
que la conozca desnuda.
Mog. ¿Y tú piensas que él querrá
contigo estar siempre en lucha?
Roldan pasa por valiente,
y lo es cuando le apuran,
pero descarga, si puede,
golpes á mano segura.
Guev. ¿Y tú quieres que por eso
tolere humilde esta injuria?
Mog. Lo que yo quiero, es que él solo
que pecó, la pena sufra,
y no castigue el alcalde
en tí de entrambos las culpas.
En el pasado motin
tuvo á Mogica en su ayuda;
bien sabe que el someterme,
mas que temor, es astucia;
y temblando, que si un dia
me ayudase la fortuna,
no he dejar sin castigo
al traidor que nos insulta;
cuantos amigos ó deudos
llega á ver que se me juntan,
á tantos odio implacable
en el momento les jura.
Guev. ¿Y qué he de hacer? ¿Someterme?
Mog. Ganar tiempo, dar disculpas.
Guev. ¿Y despues?
Mog. Cuando parciales
suficientes se reunan,
lograr puedes tu venganza,
derramar su sangre impura.
Guev. Si yo su sangre derramo
ha de ser en buena lucha.

Mog. Quien al tigre va de frente
deja la vida en sus uñas.
Guev. La mirada del leon
no soporta aquella furia.
Mog. Tú lo harás como quisieres,
pues que es inútil que arguya.
Guev. Primo, vengarme lo anhelo;
pero en mis venas circula
noble sangre, y no se aviene
su valor con tanta astucia.
Mog. Yo del riesgo te advertí,
lo demas tú lo discurras.
Por tu deudo y por tu amigo
vida y espada son tuyas:
morir podemos entrambos
si mis avisos descuidas:
mas yo al menos, consolado
he de bajar á la tumba,
pues que he intentado salvarte
y tú perderte procuras. (*Vase.*)

ESCENA IV.

GUEVARA.

¡Ah! Poco me importára la partida
sin este amor que abrasa el pecho mio.
Mas hoy sin la que adora, intolerable
fuera para Guevara el cielo mismo.
(*Quédase meditabundo.*)

ESCENA V.

DICHO. HIGUAMOTA.

(*Al ver á Guevara hace un ademan de alegria, y va á hablarle; pero súbitamente se detiene avergonzada.—Guevara la ve.*)

Guev. ¡Higuamota! ¿Tú aqui?
Higua. Yo soy, Hernando.

Guev. Habla: ¿eres tú, Higuamota? ¿no deliro?
¿cuál numen, di, te trajo á mi presencia,
cuando no verte mas es mi destino?
Higua. (*Turbada.*)
Salí... español... mi madre... los soldados...
vine á buscar... No sé: no sé qué digo.
Guev. ¿Angel de paz, qué temes? Si encontrarme
pudo estorbarte acaso en tus designios,
á Dios, que ya te dejo.
Higua. No te vayas.
Guev. Mi presencia tal vez...
Higua. Por tí he venido.
Guev. ¿Qué dices, Higuamota? ¿tú no sabes
que esa palabra tuya á mi martirio
faltaba nada mas?
Higua. Pues yo, enojarte
nunca, Hernando, pensé.
Guev. Ni tal he dicho.
Verte es vivir: mas grato no es al prado
ni á las tempranas flores el rocío
que al corazon de Hernando tu presencia.
¿Que te adoro, en mis ojos no has leido?
Tal vez no me comprendes, tú que apenas
saliste de la mano del Altísimo.
¿Tú qué sabes de amor, niña inocente,
ni cómo has de seguirme en mi delirio?
Mira, Higuamota: triste cuando ausente,
enagenado estoy cuando te miro.
Si alzo los ojos, suplicando al cielo,
en medio de los astros te diviso:
tu imagen adorada me repite
tambien el arroyuelo cristalino.
Siempre pensando en tí, cuando despierto;
soñando mi ventura, si dormido:
la vida, es Higuamota para Hernando;
sin ella es un infierno el paraiso.
¿No me escuchas, mi bien, no me respondes?
¿Lo que pasa por mí no has comprendido?
Higua. Bien te comprendo, Hernando.
Guev. Pues entonces

¿por qué no pones término al suplicio?
Higua. ¿Por qué, español, me engañas?
Guev. ¿Yo engañarte?
Higua. Sí, me engañas, Guevara.—Aunque he nacido
en medio de estos, hoy vuestros esclavos,
no ha mucho libres, venturosos indios,
ya sé que entre vosotros los de Europa,
engañar á una triste no es delito;
sé que á nosotras nos mirais, Guevara,
como á esclavas no mas; sé que á tí mismo
las palabras de amor, los juramentos,
para otras indias mil, ya te han servido.
Deja, deja á Higuamota su sosiego;
ni quieras que te sirva de ludibrio.
Guev. ¡Higuamota, piedad! sino pagado,
logre mi amor al menos ser creido.
Higua. El que engañó una vez...
Guev. Mas fue á mugeres,
no á tí que has cautivado su albedrío,
no á tí que eres un angel en la tierra,
no á tí que de hermosura eres prodigio.
¡Ah! lo confieso, sí: mentí mil veces,
mentí el amor: ya sufro su castigo.
De tí, que eres mas pura que ese cielo
que envidiándote está, yo soy indigno;
mas te juro por él, que te idolatro
desde el primer instante en que te he visto;
que tú serás mi bien, ó mi tormento,
hasta exhalar el postrimer suspiro.
Higua. Tú vas á España: alli hallarás beldades;
y á la india darás pronto al olvido.
Guev. No, Higuamota, no voy á España: no.
De aqui no he de partir.
Higua. Roldan lo ha dicho.
Guev. ¡Roldan! ¿y qué me importa?
Higua. El almirante...
Guev. Escúchame, Higuamota: si consigo
que de mi amor piedad tengas al menos,
cuantos son en el mundo reunidos
no harán que yo me ausente de Jaragua.

Higua. ¿Y no temes?
Guev. ¿Por qué? — Mi espada el filo
conserva aun, aliento no me falta...
Higua. A la garganta tienes el cuchillo:
Roldan manda soldados; te aborrece;
tardar es arrojarte al precipicio.
Parte: vuelve á tu patria: sé dichoso.
¡Pluguiera á Dios no haberte conocido!
Guev. ¡Partir! ahora partir, cuando ese llanto
le debo á tu piedad, ídolo mio!
No lo esperes: jamas; ya no te dejo.
Higua. Huye, Hernando infeliz, que estás perdido.
Roldan, ese Roldan que yo detesto,
no ha mucho que á mi madre se lo dijo:
—"Guevara va á embarcarse: si resiste,
su muerte á otros rebeldes será aviso."
Cien soldados entraron en Jaragua,
todos son de Roldan, y á un solo grito
te cercan, te encadenan, te dan muerte...
Vas á huir, sí, Guevara; y ahora mismo.
Guev. Antes morir que medie entre nosotros
la insondable estension del mar bravío.
Higua. Pues bien: deja estos sitios solamente,
y en los cercanos montes busca asilo.
Guev. No sabes lo que dices, Higuamota:
Guevara nunca huyó de su enemigo.
Higua. No es uno el que yo temo, sino muchos.
Guev. No huyera aun cuando fueran infinitos.
Higua. Te lo ruega Higuamota: ¡parte, Hernando!
Guev. ¿Cuál premio he de esperar del sacrificio?
¿Que responda á mi amor con injuriarme,
y me diga Higuamota que he mentido?
Higua. ¡Huye, por Dios! El tiempo que te tardas
acortas á tu vida.
Guev. Lo repito:
podré morir, mas moriré lidiando.
Higua. Y al espirar, espiraré contigo.

(*Arrebatado Guevara pasa una mano por la cintura de Higuamota.*)

Guev. ¿Con que me amas, mi bien! A nadie temo.

Vuelve, vuelve otra vez á repetirlo,
que el eco suave de tu voz sonora
me pruebe que eres tú, que no deliro.

Higua. ¡Hernando! sí: yo te amo.

Guev. ¡Mi Higuamota!
¿Quién mas que yo feliz?

Higua. ¡Hernando mio!
Y ahora, ¿salvarás entrambas vidas?

Guev. Manda: dispon de mí; soy tu cautivo.

Higua. Parte, pues.

Guev. Mas no á Europa.

Higua. A las montañas.

Guev. Lo quieres, Higuamota: no resisto.
¿Mas no he de verte?

Higua. Sí; pronto: lo espero.
Colon es de mi madre grande amigo:
él sabe que por ella en nuestras tierras
fueron los españoles recibidos:
tendrá en cuenta tambien que de un cacique
soy hija; sí, Guevara; y en auxilio
vendrá de Anacaona y de Higuamota
cuanto queda de ilustre entre los indios.

Guev. Mas tu madre tal vez...

Higua. Ella me adora;
la diré que me amas... ven conmigo:
se lo dirás tambien: de Anacaona
será indulgente el maternal cariño.
Tal vez mi madre en su prudencia encuentre
para salvarte, Hernando, algun arbitrio.
Volemos á su amparo; que ella sepa
que eres mi amado tú, que eres su hijo.

Guev. Tan niña, tan hermosa y tan discreta
no adorarte, mi bien, fuera prodigio.

Higua. Hernando, el tiempo vuela.

Guev. Sí; á tu lado
instantes á Guevara son los siglos.
¡Ah! déjame gozar de mi ventura
teniendo solo al cielo por testigo.
Vuelve á decir que me amas, Higuamota;
apenas sé, mi vida, si lo has dicho.

Higua. ¡Si te amo! Hasta pisar nuestras riberas
tu planta, Hernando, casi no he vivido.
El caracol pintado entre la arena
buscaba cuidadosa. Aspero risco
trepé con infantil ansia dichosa
por sorprender al pájaro en su nido.
Visitar el arroyo y en la fuente
contemplar cómo nada el pececillo,
era mi solo afan durante el dia.
Nunca el dulce dormir fue interrumpido;
y despuntar al sol en el oriente
en brazos de mi madre siempre he visto.
Viniste tú despues... si me adivinas,
¿para qué, Hernando mio, he de decirlo?
Guev. ¿Me juras, Higuamota, que por siempre
he de ser dueño yo de tanto hechizo?
Higua. ¿Lo dudas? ¿Puede amarse por dos veces?
Hernando, á otras mugeres has querido.
Guev. ¡Higuamota, Higuamota, yo te adoro!
Higua. Mas antes... Si me olvidas...
Guev. Mi destino
es vivir para tí: por tu amor solo:
moriré si lo dudas.
Higua. ¡Cuán impío
fueras en engañarme...! No es posible.
Guev. Jura tú por tu Dios, yo por el mio,
que de hoy mas y con lazo indisoluble
Higuamota y Hernando estan unidos.
Higua. Lo juro por el sol que nos alumbra.
Guev. Lo juro por la santa fé de Cristo.
Higua. ¡Cielos, Roldan aqui! vámonos luego.
Guev. No temas, Higuamota: estás conmigo.
Higua. Disimula tu enojo, y no que á entrambos
la cuchilla herirá des al olvido.

ESCENA VI.

DICHOS. ROLDAN *y* SOLDADOS.

(*Guevara altanero, Roldan rencoroso y disimulado, Higuamota temerosa y turbada.*)

Rold. (*Ap.*) ¡Cómo! ¡Higuamota aqui! — Señor Guevara,
supongo ya encontraros mas sumiso.
Vengo de hacer cumplir del almirante
las leyes, á españoles muy altivos,
esperanza, tal vez, de otros rebeldes,
y aliento de imprudentes á designios.
Ojeda, el temerario aventurero,
de España y con su escuadra propia vino
á turbar á Colon: salí á su encuentro,
y en breve á regresar le he reducido.
Con él podeis partir.
(*Guevara va á responder furioso: una mirada de Higuamota le contiene.*)
Guev. ¿Y cuándo parte?
Rold. De la playa mañana: de aqui hoy mismo.
Guev. Iré con él.
Rold. Hareis tan cuerdamente
como siempre esperé de vuestro juicio.
Guev. Basta, Roldan: os digo que á Jaragua
voy á dejar: por eso no os permito
que olvideis quién yo soy.
Rold. A mí me basta
que Colon sea por vos obedecido,
y pésame en verdad ser instrumento...
Higua. Roldan, ¿nuevos soldados no habeis visto?
Guevara, Anacaona quiere veros.
Guev. Yo voy.
Rold. Y yo tambien; marchad, que os sigo.
(*Salen Higuamota y Guevara.*)
Rold. (*Al gefe de los soldados.*)
Si al trasponer el sol está en Jaragua,
que no viva mañana: ya lo he dicho.

CUADRO SEGUNDO.

La escena es en Jaragua. -- Lo interior de la casa de Anacaona, habitacion rústica.

ESCENA PRIMERA.

HIGUAMOTA *sentada y llorando.* ANACAONA *á su lado en pie.*

Anac. Enjuga tu llanto,
mi amada Higuamota:
¿no estás con tu madre,
que tierna te adora?
Higua. ¡Madre de mi vida,
la pena me ahoga!
Anac. ¡Hija de mis ojos!
Higua. ¡Si fuera su esposa...
Anac. Seráslo, mi hechizo:
tu madre te apoya,
Colon generoso
los yerros perdona;
nunca vanamente
su gracia se implora.
Higua. Roldan implacable...
Anac. Roldan ¿qué te importa?
Higua. ¡Ah! que es poderoso;
Guevara le estorba;
me aterra su ceño
y tiemblo sus obras.
Anac. ¡Pobrecita mia,
te asusta tu sombra!
¿Qué temes? — Seguro
le tienes ahora.
Higua. ¿Seguro, mi madre...?

Anac. No temas que rompa
Roldan de los montes
la valla riscosa.
Higua. ¿Codicia y venganza
qué temen, señora?
Ni el rayo de España
los indios soportan.
¡Ay madre! Os he visto
reinar aqui sola,
y el yugo estrangero
pesado os agobia.
Mi padre, cacique,
¡oh cruda memoria!
murió entre cadenas...
Anac. ¡Por Dios, Higuamota!
Higua. Habeis perdonado:
¡sois tan generosa!
Tambien vuestra hija
olvida y perdona...
¡oh, mas! que á las plantas
del mismo se postra
que puso los hierros
en manos que adora.
Y mas: del cacique
la hija es apóstata;
sí, madre del alma,
su Dios abandona,
se entrega al de un hombre
que el alma le roba.
Anac. Y bien: ¿al destino
qué haremos nosotras?
Su mano de hierro
cayó rigorosa,
y hundió del caribe
poder y corona.
Por siglos y siglos,
ocultos de Europa,
vivimos tranquilos
merced á las olas.
Colon á los mares

altivo se arroja;
su esfuerzo indomable
los vence, los doma...
¿Podrán dos mugeres
con lágrimas solas
luchar con gigantes
que cedros encorvan?
El brazo es inútil,
las flechas se embotan:
Haiti es para siempre
la isla española.

Higua. ¡Si al menos tranquila,
ya que ignominiosa,
fuera nuestra suerte...!
Mas no: la discordia
de nuestros señores
cruel nos azota.
Roldan, y no ha mucho,
el que ahora blasona
de recto y severo,
alzó la ominosa
bandera rebelde;
mas hoy no soporta
á Hernando en partirse
pequeña demora.
Y es fuerza que el monte
de un hombre le esconda,
que acaso temblára
hallándole á solas.
La muerte termine
mi vida espantosa.

Anac. ¡Hija!!!

Higua. ¡Madre mia!

Anac. ¡Triste Anacaona,
de tu nacimiento
funesta la hora!
Perdiste un esposo,
con él la corona,
no te ama tu hija...

Higua. ¡Perdon! ¡estoy loca!

Anac. Pues bien; yo lo olvido:
tu pena reporta.
Ven acá, mi vida;
consuélate, llora.
Desde que naciste,
mi amada Higuamota,
enjuga tu llanto
el seno que agobias.
Me dices que á Hernando
frenética adoras:
tambien á tu padre
amaba su esposa.
Y él era Caonabo;
la fama pregona
sus hechos, su nombre,
sus triunfos, su gloria.
Le amé... ni la tumba
del alma le borra;
pues tal vez ofendo
su pálida sombra,
dándole al olvido
por tí, cuando lloras.
Higua. ¿Y yo no te pago?
Anac. Ni aun sabes qué cosa
es amor de madre,
que nunca se agota.
Tu madre te amaba
antes, hija hermosa,
que al mundo vinieras.
¡Ay! cuántas congójas
deben á sus madres
los hijos ignoran.
Cuando tú los tengas
tal vez lo conozcas.
Higua. No te soy ingrata.
Anac. Eres, como todas,
como fuí yo misma.
(*Roldan en la puerta.*)
¡Roldan á estas horas!

ESCENA II.

ANACAONA. HIGUAMOTA. ROLDAN.

Rold. (*Ap.*) ¡Llorando está por Guevara!
Guárdeos Dios, Anacaona:
si yo estorbaros pensára...
si á Higuamota desazona
mi presencia...
Anac. Nos es cara
la de amigos de Colon,
señor Roldan.
Rold. ¿Y ese llanto!
Anac. Para una niña, ocasion
no falta nunca al quebranto.
Tuvo un sueño.
Rold. ¡Qué afliccion!
¿Tanto con vos puede un sueño!
Higua. Terrible noche, terrible.
Anac. Dejadla ya.
Rold. Tengo empeño
en saberlo, si es posible.
¡Válate Dios y qué ceño!
Anac. Higuamota no está ahora,
señor Roldan, para hablar.
Ya estais mirando que llora.
Marcharáse á sosegar,
si dais licencia...
Rold. ¡Señora!
(*Abrázanse madre é hija; vase esta.*)

ESCENA III.

ANACAONA *y* ROLDAN.

Rold. Sois tierna madre, por Dios;
y la hija lo merece:
solo á sueños, me parece,
que sois muy dadas las dos.

Anac. No entiendo lo que decís.
Rold. Pues me esplico claramente.
Ese sueño está en su mente,
y vos sois la que dormís.
Anac. De la hija de un cacique
conviene hablar con respeto.
Rold. Yo respetarla prometo;
pero dejad que me esplique.
Si cuando al llanto que vi
por causa un sueño le dísteis,
engañarme presumísteis:
me conoceis poco á mí.
Mas si á vos, Anacaona,
os engaña vuestra hija,
razon será, aunque os aflija,
que quien de franco blasona
descubra el pérfido engaño.
Anac. Perdonad: entre hija y madre,
alguna vez entra un padre,
pero jamas un estraño.
Rold. Tan estraño no es Roldan,
que al fin la tierra gobierna;
su poder, su amistad tierna
algun derecho le dan.
Anac. Nunca negué al almirante,
ni á los suyos, cosa alguna:
cuanto me dió la fortuna,
lo cedí de buen talante;
pero tened entendido
que si el cetro no defiendo,
reinar en mi casa entiendo...
Rold. Vos no me habeis comprendido.
Anac. Decid pues.
Rold. Vuestra Higuamota
ama á Hernando de Guevara.
Anac. Ya partió.
Rold. Mas si tornára...
Anac. Tiene madre.
Rold. Bien se nota
del mancebo el artificio.

Diestro anduvo por quien soy:
casi, casi á punto estoy
de dudar de vuestro juicio.

Anac. Cuando mi hija fuera esposa
de ese mancebo esforzado...

Rold. Fuera mirarle casado,
vive Dios, estraña cosa.
Ese Hernando, tan galan,
tiene de damas un ciento;
burlarlas es su contento,
y deshonrarlas su afan.
Preguntad en Isabela
á cuántas indias engaña;
pues, por Cristo, que en España
es su vida una novela.
¿No sabeis de su destierro,
por ventura, la ocasion?
La clemencia de Colon
agotó con tanto yerro.

Anac. Colon, á quien se arrepiente,
bien sabeis que le perdona.

Rold. Paso, paso, Anacaona,
no desperteis la serpiente.
Ese Guevara es infame.

Anac. ¿Por qué al ausente injuriais?

Rold. Cuanto mas le defendais,
hareis que tanto me inflame;
y no creyera, á no oirlo,
que una madre...

Anac. Basta ya,
que me ofendeis, y será
mucha paciencia el sufrirlo.

Rold. (*Reprimiendo su cólera, y afectando tranquilidad.*)
Mi amistad, tal vez, se escede:
perdonadme, soy violento.
Por Higuamota lo siento.

Anac. Pues no temais.

Rold. Si se puede
poner al mal un remedio,

¿por qué negarse á escuchar
mis consejos? — Rehusar
bien podeis despues el medio.

Anac. Aún somos libres: lo sé.

Rold. Pues entonces...

Anac. Os escucho.

Rold. No interrumpais, que no mucho,
aunque importante, diré.
Dejó Guevara á Española;
¿y está Higuamota segura?
¿es de Hernando, por ventura,
la persona escelsa sola?
Niña inocente y tan bella
que vive entre aventureros,
es el búcaro entre aceros:
tarde ó temprano se estrella.
Colon es hoy almirante,
puede mañana no serlo:
si Hernando llegase á verlo
sin poder, vuelve al instante.
Y aunque no vuelva, pensad,
si otro gobierna esta tierra,
que puede hacerse la guerra
con mucha menos piedad.
¿Me entendeis? — Vuestra existencia
pende tal vez de un cabello.
Cuanto mas penseis en ello,
mas hallareis mi evidencia.
Pero un áncora teneis
á que asiros, y es segura:
consultad vuestra cordura,
y mirad qué respondeis.
Roldan, alcalde mayor,
por prudente conocido,
y al mismo tiempo temido
por su fuerza y su valor,
Roldan, á quien Colon trata
con estraña cortesía,
ama á Higuamota; sería
poco cuerda en ser ingrata.

Vine á ofrecerla mi mano,
respeté su desconsuelo,
que esclavo soy de su cielo
que venero soberano.
No me respondais ahora;
al rayar el nuevo día
me direis la suerte mia,
sabreis la vuestra, señora. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ANACAONA.

¡Ah Roldan! te has descubierto.
Pobre Higuamota del alma;
se acabó tu dulce calma.
¿Por qué en la cuna no has muerto?
Cuando naciste, hija mia,
para reinar destinada,
¿quién que á mirarte ultrajada
llegar pudieras, diria!

ESCENA V.

GUEVARA, *vestido como los soldados de Roldan.*
ANACAONA.

Guev. Respiro en fin.
Anac. ¡Guevara! Temerario,
¿qué vienes á buscar? ¿segura muerte?
Guev. No temas: el disfraz de un mercenario
de los que siguen de Roldan la suerte
me encubre, Anacaona; y no muy tarde
vendrán mis compañeros.
Anac. ¿Y si á verte
llegan en tanto?
Guev. ¡Cómo! ¿Tú cobarde?
Anac. Por tí, por Higuamota solo temo.
Guev. ¿Y dónde está mi bien? El pecho se arde...
Anac. ¿Por qué viniste, dime? ¿á tal estremo

qué pudo conducirte?

Guev. ¿Qué! Por verla.

No sabes tú la llama en que me quemo.

Anac. ¡Tanto amor, y te espones á perderla!

¿Sabes, di, que Roldan...?

Guev. Por eso vengo:

sé que su necio intento es poseerla.

se olvida de que espada y brazo tengo.

Anac. ¿Cómo supiste tú, si en el instante...?

Guev. Lo adiviné. — Los zelos ven muy luengo.

El bárbaro persigue en mí al amante,

al rival venturoso; su castigo

pronto será, y terrible.

Anac. Delirante

vienes, Hernando.

Guev. No: sé lo que digo.

Te he dicho que vendrán mis compañeros;

Mogica los conduce: tú testigo

serás de la venganza.

Anac. Voy á veros

á todos perecer; y en la hija mia,

en mí tambien, clavais vuestros aceros.

Guev. ¿Pensais que vuestro mal consentiria?

Anac. Ultrajando á Colon, en la persona

que aqui le representa, un solo dia

no vivirás seguro.

Guev. Anacaona,

te he dicho que sin *ella* no respiro;

te digo que recobras tu corona.

Me llamaste tu hijo: si te inspiro,

por mi amor á Higuamota, confianza,

no me preguntes mas.

Anac. ¿Sueño, ó deliro?

Imprudente mancebo, ¿de tu lanza

piensas que llega al punto que tu aliento

la fuerza incontrastable, la pujanza?

Guev. Pienso que es insufrible mi tormento.

ESCENA VI.

DICHOS é HIGUAMOTA.

Higua. No está Roldan.—¡Guevara!
Guev. Sí, bien mio.
Higua. Te vuelvo á ver: renace mi contento.
Anac. (*Á Guev.*) ¿Y serás á su amor tambien impío?
Higua. ¿Qué dices, madre mia?
Anac. Que en el mundo
no hay hombre mas ingrato: su albedrío
no se rinde á razon; ni mi profundo,
mi insufrible dolor tampoco escucha.
Quiere mancharse con borron inmundo,
rebelde ser...
Guev. Te engañas: á la lucha
soy provocado yo.
Anac. Tener conviene
mucha virtud, cuando la afrenta es mucha.
Higua. Hernando es vuestro hijo: se previene
á renunciar su intento. Yo le imploro,
y lo hará... pero calla; se detiene...
Guev. Higuamota, mi bien, ciego te adoro.
Higua. Será: mas lo que pido estás negando;
mal puedo conocerlo.
Guev. ¡Mi tesoro!
¿Sabes lo que pretendes?—Renunciando
á romper de una vez nuestras cadenas,
por siempre triunfa el contrapuesto bando.
Largos años el fin de tantas penas
será, esperar acaso tu destino;
mi voluntad es tuya: las agenas...
Higua. Contenta estoy, si á la virtud te inclino.
Deja tú á los demas.
Guev. Dí mi palabra.
¿Qué se dirá, Higuamota, si declino?
Anac. No el crimen para tí sus puertas abra.
Higua. ¡No me amas ya!
Guev. Higuamota, ¿qué me pides?

Anac Roca serás si tanto en tí no labra.
Guev. Higuamota, mi bien, ¿tú me despides?
Higua. ¡Cómo! ¿qué dices?
Guev. Quiere que me vaya.
Me iré, pues mi partida tú decides.
Higua. ¡Madre!—¡No he dicho tal.
Anac. ¡Ah! Ten á raya
tu indiscreta pasion; que si no parte,
si el temerario intento al fin ensaya,
morirá, sí, Higuamota; y tú culparte
de su muerte podrás.
Higua. No te detengas.
Guev. ¡Ingrata!
Higua. ¡Tú morir!—Antes dejarte.
Yo viviré llorando hasta que vengas;
sino te vuelvo á ver mientras vivamos,
no por eso temor, amado, tengas;
que en la region á que en muriendo vamos
querrá, á lo menos, la bondad divina
que al fin de tantas penas nos unamos.
Guev. Roldan se salva de inminente ruina:
renuncio á la ambicion y la venganza;
tu celeste virtud, amada, inclina
al bien de mis destinos la balanza.
Anac. Ya conozco al Hernando generoso.
Guev. Un premio me darás por mi templanza,
un premio que me hará llamar dichoso.
Anac. ¿Qué pedirás, amado de Higuamota,
que te pueda negar?
Guev. Un don precioso.
Voy á emprender al monte mi derrota;
si me es dado esperar dias serenos,
alguna vez la valla he de ver rota
que media entre los dos: lleve yo al menos
bálsamo que me aliente en mi amargura;
sepa que sus encantos nunca agenos
serán; que nunca dueño á su hermosura
darás fuera de Hernando, y aunque oscuro,
el porvenir veré de mi ventura.
Higua. Sí; por el astro Rey yo te lo juro,

Hernando, de mi madre en la presencia:
te guardaré mi amor ardiente y puro;
tuya seré, mi bien, en la existencia;
tuya tambien despues en otra vida.

Guev. Por mi honor, por mi ley, por mi conciencia
te juro eterno amor, prenda querida.
(*Tomando á Higuamota de la mano, se postran ambos á los pies de Anacaona.*)
Recíbeme por hijo, y de tu mano,
Higuamata, por siempre á Hernando unida,
en mí tendrá un esposo, un tierno hermano.

Anac. Hijos del alma, sí, que el Dios clemente
que dió la vida al indio y al cristiano,
su espíritu repose en vuestra frente.
Venid, venid los dos entre mis brazos;
y hagan vuestra ventura eternamente
de puro y casto amor los dulces lazos.
Vive la flor que blando el viento agita;
el huracan la rompe en mil pedazos,
y el sol á descubierto la marchita.
Pensad que es el amor en los esposos
flor que al perderse la esperanza quita;
conservadla, y sereis siempre dichosos.

ESCENA VII.

DICHOS. ROLDAN *y* SOLDADOS.

Rold. Prendedle.
Higua. No le mateis.
Guev. Llega á prenderme, Roldan.
(*Desenvaina su espada.*)
Anac. (*Ap.*) Perdidos ambos estan.
Rold. ¡Ah! se resiste. (*Señala á los soldados.*)
Anac. (*Interponiéndose.*) ¿Qué haceis!
¡Roldan, pues tanto rigor!
Rold. Es justicia.—Que á esta vara,
resistiéndose Guevara,
insulta al rey.
Guev. ¡Impostor!
Rold. Rinde las armas, Hernando:

no injuries al que es tu dueño.
Higuamota, vuestro sueño
voy poco á poco aclarando.

Higua. ¡Compasion!

Rold. Yo la tendré.

Guev. ¿Tú le ruegas?

Higua. Por tu vida.

Guev. No la tengo tan perdida,
y muy cara la daré.

Anac. (*Separándose con Roldan.*)
Roldan, Hernando á partir
dispuesto estaba.

Rold. Sí creo.
Ya se fue; y aqui le veo.

Anac. ¿Quereis hacerle morir?

Rold. No seré tan inhumano;
le embarcaré para España;
pero burlarme... se engaña:
por esta vez lucha en vano.

Anac. ¿Si yo os empeño mi fé
de que parta en el instante?

Rold. Es de Higuamota el amante,
y que sois su madre sé.

Anac. ¿Os engañó Anacaona
alguna vez, por ventura?

Rold. ¿Y si os vence la ternura?
Yo tengo aqui su persona,
y fuera en verdad delirio
confiarme á la fortuna.

Anac. ¿No escuchais razon ninguna?

Rold. Basta, basta de martirio.

Anac. Pues bien, prendedle, matadle;
pagareis un crimen mas.

Rold. ¡Amenazas! — Hola, atrás:
esa espada arrebatadle.

Guev. Ven como bravo enemigo;
por la punta te la doy.

Rold. El alcálde mayor soy:
yo no peleo, castigo.

(*Los soldados van á acometer á Guevara, cuan-*

do entra el capitan presuroso y desnuda la espada.— A lo lejos se oye rumor de voces y armas que se aumenta y aproxima sucesivamente hasta la conclusion del cuadro.)

ESCENA VIII.

DICHOS *y* EL CAPITAN.

Capit. Señor Francisco Roldan,
el lugar entran á saco.
Un indio, perro, bellaco,
nos vendió. Ya dentro estan
de la fuerza: si tardais
en retiraros, sois muerto.
Rold. Imposible.
Capit. Asi tan cierto
morir en gracia tengais.
Rold. ¿Adónde estan mis soldados?
Capit. La oscuridad, la sorpresa...
Rold. Capitan, ¿qué gente es esa?
Capit. Son demonios coronados.
No perdais el tiempo aqui.
—Escuchad... ya van llegando.
Si los estais esperando
no es justo perderme á mí.
Rold. Aguardad solo un momento:
prendamos al delincuente.
Gueo. Eso será si él consiente.
Capit. Somos seis, y vienen ciento.
Rold. Sin llevarle no me parto.
Anac. Marchad, Roldan; no aguardeis.
Capit. ¿Qué locura es la que haceis?
vive Dios que ya estoy harto.
Rold. Bien, ya me rindo, ya os sigo.
Triunfa, Guevara.—Esperanza
tengo empero en la venganza:
soy implacable enemigo.
(Vanse con los soldados.)

ESCENA IX.

ANACAONA. HIGUAMOTA. GUEVARA. *Despues* MOGICA.

Guev. (*Va á salir.*)
No escaparás de mi acero.
Higua. No, mi bien: detente, Hernando.
Guev. Estan los mios lidiando;
debo yo ser el primero.
Higua. ¿Y si mueres, qué es de mí?
Guev. No moriré, prenda mia.
Mog. (*Dentro.*)
Mueran todos.—Raza impía.
Guev. Es Mogica... su voz... sí.
Mog. (*Sale con la espada desnuda.*)
Victoria, amigo: triunfamos.
Guev. ¿Cómo tal deuda te pago?
Mog. Con tu amistad.—¡Mas qué estrago!
Pocos con vida dejamos.
Guev. (*Á Higuamota.*)
Depon, amada, el temor:
huyó vencido el tirano:
premia el cielo soberano
tus virtudes y mi amor.
Anac. ¡Ah! ¡qué habeis hecho, imprudentes,
con irritar al Leon!
la venganza de Colon
abatirá nuestras frentes.



CUADRO TERCERO.

La escena al frente de Jaragua; campo de Roldan formado de chozas, la de este mayor que las demas y en punto visible. Centinelas en diversos puntos. -- Circulacion de soldados é indios, estos con cargas. -- Movimiento que dura hasta el fin del cuadro.

ESCENA PRIMERA.

EL CAPITAN. DON RODRIGO. MARTIN *y* LOPE.

(*Los dos primeros se pasean juntos; los últimos juegan á los dados.*)

Mart. Fortuna tienes.
Lope. A veces.
Rod. No es esto para un hidalgo.
Mart. Cinco: vaya que ya es algo.
Lope. Ahora ganas y con creces.
Capit. Mucho os quejais, don Rodrigo.
Rod. Maldito el que acá me trujo
á vivir como un cartujo,
y mas pobre que un mendigo.
Capit. Vos quisierais que á placer
ellos y ellas os sirvieran.
Rod. Digo, ¿y los indios perdieran
en servirme?
Capit. Puede ser.
Rod. Yo tal vez me humillaria,
que á gentes de mi linage,
voto á Dios que en ese trage
no es decente...
Capit. ¡Bobería!
Verdad es que van ligeros;
mas vuestros nobles parientes,

segun se esplîcan las gentes,
suelen andar casi en cueros.

Rod. Capitan, tengamos paz.
No hay burlas con la nobleza.

Capit. Pergaminos y pobreza;
mucho hònor, poco solaz.

Rod. Soy hidalgo en la montaña,
Paracuellos de Quirós,
y si vine, sabe Dios...

Capit. Que fue por trampas de España.
Si sabeis que yo os entiendo...
Y si os quejais es de vielo,
como otros muchos sin juicio
que contino estoy oyendo.
Cuando mandaba Roldan
sin sujetarse á Colon...

Rod. La tierra de promision
era la isla: ¡mas van
hora las cosas de un modo...!

Capit. Es verdad; y como entonces
os aflojaron los gonces,
entró la mano hasta el codo.
Para el indio mucho palo;
á su muger galanteo;
dar rienda suelta al deseo;
obedecer poco y malo.
Ajustar á puñaladas
los pleitos, siendo la ley
la tizona; una higa al rey,
y á Dios espaldas tornadas:
¡eso os gusta, voto á Baco!
Mas vivir de esa manera
tan solo se consintiera
donde reinára algun Caco.

Rod. Vamos, tampoco hay razon
de tenernos ayunando.
Se ha de dar de cuando en cuando
un ensanche al corazon.

(Continúan su paseo y conversacion. Martin y Lope dejando de jugar se levantan.)

Mart. Gané.
Lope. Te debo.
Mart. En buen hora.
¿y á cuándo piensas la paga?
Lope. La primera presa que haga;
y ya ves, vamos ahora...
Mart. ¡Ay de mí! Lindos despojos.
Lope. De esa reina de Jaragua...
Mart. ¿Algun jubon, ó la enagua?
Dineros vean mis ojos.
Lope. Dicen que tiene tesoros.
Mart. Si los tiene y no los vemos...
Lope. Pues digo, si los vencemos...
Mart. ¿Y Mogica?
Lope. ¿Y qué? A mas moros,
dice el refran, mas ganancia.
Mart. ¿Sabes, Lope, lo que digo?
Fue Mogica nuestro amigo.
Lope. Esa es, Martin, cosa rancia.
Mart. Digo tambien que es valiente.
Lope. ¿Y el don Hernando Guevara?
Mart. Puede costarle muy cara
esta fiesta al que la cuente.

(*El capitan y don Rodrigo se paran cerca de los dos interlocutores.*)

Lope. ¿Y por qué tanto rencor
con esos dos caballeros?
Rod. Porque el uno hizo pucheros
á una india.
Capit. Es un error:
resistióse á nuestro alcalde.
Mart. Pues él los dias atrás
hizo otro tanto, y aun mas.
Capit. Hablar del caso es en valde.
Lope. Cuando un hombre va á morir,
capitan, quiere á lo menos
saber la causa.
Capit. Los buenos
óbedecen sin gruñir.
¡Miren qué recia batalla,

prender á dos mozalvetes?
Rod. Es oficio de corchetes,
y el que es honrado...
Capit. Se calla
y obedece, don Rodrigo.
Lope. No me agrada esta faccion.
Mart. Si lo sé en la Concepcion...
Capit. Señores, callando, digo.
Rod. Capitan, no hay para qué
su merced se me alborote.
Lope. ¿Ha de ser un hombre un zote?
Mart. Repito que si lo sé...
Capit. (*Separándose de los demas.*)
¡Vive Dios que es mucha lengua
ya la suya; y si á tizona...!
Lope. Capitan, de su persona
no se ha dicho cosa en mengua.
Rod. Ya me canso por Dios vivo.
Digo que Roldan...
Capit. Silencio.
Rod. Yo solo al rey reverencio,
que de nadie soy cautivo.
Capit. (*Empuñando.*)
Ea, acortemos razones;
ó se calla ó le santiguo.
(*Acuden soldados al ruido de la querella.*)
Rod. (*Empuñando.*) Venga acá, señor antiguo.
Mart. (*Idem.*) Pues lo quiere...
Lope. (*Idem.*) Coscorrones.
Uno. Ténganse.
Otro. No; que se maten.
Capit. Dejádmelos por mi vida.
Rod. Dejadle, nadie le impida.
Mart. Dejaremos que nos traten...
(*Roldan saldrá de su tienda de manera que al llegar á este verso se halle en medio de los que riñen.*)



ESCENA II.

DICHOS. ROLDAN.

Rold. ¡Caballeros! ¡qué alboroto!
¿Cómo el acero en la mano?
Envainad, que aun es temprano
y las treguas no se han roto.
(*Envainan todos sus espadas.*)
Capit. Era, señor, que esta gente,
que es con estremo habladora...
Rold. Bien. — Dejadlo por ahora.
Rod. Tiene la sangre caliente
el capitan, y nosotros
muy pocas aguantaderas.
Capit. Lenguas, sí, teneis muy fieras.
Rold. Callad vos; callad vosotros.
Capit. Sabed, alcalde mayor,
que sin recato murmuran;
y mas diré, que conjuran...
Rold. ¿Porque llegue á su valor
la ocasion de acreditarse?
Bien lo sé: vivid tranquilos,
no dejaré yo á los filos
de las lanzas embotarse.
Capit. Es que no digo tal cosa.
Rold. ¡Si os he dicho que entendí!
¿querreis vos decirme á mí
que es esta gente briosa?
(*Hace una seña, retíranse todos, y él detiene al capitan.*)
Sois á veces como un banco.
Capit. Soy como Dios me crió.
Iba á decir que pasó
cara á cara, á fuer de franco.
Rold. Y en resúmen, ¿qué ha pasado?
Capit. Murmurar.
Rold. ¿De quién?
Capit. De vos.
¿No es bastante?



Rold. Entre los dos:
si no es mas, corto pecado.
Poco importa que murmuren,
si me obedecen.
Capit. Pues paso;
porque tal vez llegue el caso
como su intento maduren.
Rold. ¡Tanto dijeron!—Sepamos.
Capit. No esconden que descontentos
estan con vuestros intentos.
Tienen cerca los reclamos,
no distantes los recuerdos,
la voluntad siempre pronta,
pocos son hombres de monta,
y aun entre ellos pocos cuerdos.
Rold. ¡Qué! ¿se inclinan á Mogica?
Capit. No lo han dicho, mas lo temo.
Rold. Lo pensé.
Capit. Y á tal estremo,
que ya cualquiera replica.
Rold. ¿Quién lleva la voz entre ellos?
Capit. Todos gritan á cual mas;
pero el que es un Satanás,
don Rodrigo Paracuellos.
Rold. ¿El hidalgo?
Capit. Pobreton.
Rold. ¿Y le escuchan?
Capit. Lo bastante.
Tiene labia el mûy vergante,
da barato, es baladron.
Rold. Alli está. Decid que venga.
Capit. ¿Don Rodrigo?
Rold. Sí; le espero.
Capit. ¿Si quereis que, caballero,
lo que he dicho le mantenga...?
Rold. Yo sé que os debo creer,
capitan; llamadle luego,
y venid con él, os ruego,
porque os habré menester.
(*Obedece el capitan y vuelve con don Rodrigo,*

á quien Roldan recibe con afabilidad y tendiéndole la mano.)

Rold. Don Rodrigo, poco os veo,
y por Dios que estoy quejoso,
que á un hidalgo tan brioso
para amigo le deseo.

Rod. Tanta merced me confunde.

Capit. (*Ap.*) ¡Vive Dios! y á mí tambien.

Rold. En mí, y en cuantos os ven,
vuestra gracia afecto infunde.

Rod. Favor es; pero en verdad
con las gentes de mi casa,
señor Roldan, eso pasa
donde quiera.

Capit. (*Ap.*) ¡Hay vanidad!

Rold. ¿Qué os parece de Jaragua?

Rod. Pareciérame mejor
si ya que ocioso el valor...

Rold. ¿Navegase la Piragua?
Digo, encontrar una mina
ó alguna indiana hermosura.

Rod. Eso: probar la ventura.

Rold. Vuestra audacia me ilumina,
y recuerda cierta empresa
de las de honra y de provecho.

Capit. Pensé yo tener derecho...

Rold. Tendreis otra sino es esa,
á menos que don Rodrigo...

Rod. ¡Cómo, señor! ¿Rehusar
lo que vos querais mandar
como cabo y como amigo?

Rold. Pues entonces, capitan,
habreis de tener paciencia
si le doy la preferencia.

Capit. Os lo agradezco, Roldan.

Rold. (*A don Rodrigo.*)
Habreis menester cautela
y llevar muy poca gente,
que hay allá continuamente
dos indios de centinela.

¿Teneis asi algun soldado
hombre á prueba, muy leal?

Rod. Muchos tengo.

Rold. Nunca hay mal
en que el pan ande sobrado;
pero en suma, aunque sean fieles,
no son todos atrevidos;
unos son algo encogidos,
otros milites noveles;
y lo que es bien que se busque
ha de ser gente de acero,
con poco afecto á su cuero,
que ni el fuego la chamusque.

Rod. Pues entonces tengo dos;
y el capitan los conoce,
que aunque el diablo se remoce
no les gana, vive Dios.

Capit. ¿Y quién son esos prodigios?

Rod. Martin el uno, otro Lope.

Capit. Ambos colgados al tope...

Rold. Esos bastan. — Ni vestigios
quiero que queden de un templo
que tienen en la montaña.
Yo lo he visto, y ni en España
de su riqueza hallé ejemplo.

Rod. Es muy justo: ídolos fuera.

Rold. Y los tienen de oro puro.

Rod. No dejarles uno, os juro,
para memoria siquiera.

Rold. Pues sin decir para qué
preparad los compañeros.
En seguida quiero veros,
mas noticias os daré.

Rod. Contad por siempre conmigo,
que os tengo mucha aficion.

Rold. Pagareis la obligacion
de la mia, don Rodrigo.

(*Don Rodrigo se retira y se le ve hablar con Lope y Martin.*)

Rold. Capitan, callado estais.

Capit. Cuando se parta la flota,
me voy yo.
Rold. ¿Se me alborota?
Capit. Vos haceis lo que gustais,
y yo me voy á mi tierra.
Rold. ¿Pues por qué tanto disgusto?
Capit. ¡Voto á tal! ¿acaso es justo
que á quien os hace la guerra...?
Rold. ¿Teneis del templo codicia?
Capit. No, por el cielo divino:
márchome porque no atino
por qué regla haceis justicia.
Rold. ¿Cuándo vinísteis aqui?
Capit. Con vos vine.
Rold. ¿Habeis oido
de tal templo á algun nacido?
Capit. No señor.
Rold. Pues siendo asi...
Capit. Le engañásteis.
Rold. No fue engaño:
una astucia.
Capit. ¿Y para qué?
Rold. Porque asi castigaré
sin que me venga algun daño.
Capit. ¡Válate Dios! Ya lo entiendo:
sale del campo, le agarro,
codo con codo le amarro...
Rold. Capitan, ¿qué estais diciendo?
Capit. Que de un arbol se le cuelga.
Rold. Nada: se va libremente.
Capit. ¿Quién castiga al delincuente?
Rold. El demonio, que no huelga.
Sois un pobre mentecato:
¿ni siquiera se os alcanza
que me espongo á la venganza
si se sabe que le mato?
No señor, se van los tres
en derechura á Guevara,
él los sorprende, y mi vara
vengan ellos por sus pies.

Su muerte el odio concita
contra la hueste de Hernando,
este asegura mi bando,
y tres contrarios me quita.
Esta vara no está rota:
ya veis que hiere, y de muerte.

Capit. Verdad es.

Rold. Pues de esa suerte,
ya no os partís con la flota.

Capit. Pero entre tanto ¿qué hacemos?

Rold. Guevara quieto en Jaragua,
yo tornar su gozo en agua.

Capit. ¿Mas al cabo, venceremos?

Rold. O haremos paz ventajosa.
Capitan, mientras yo viva,
ni me olvido de la esquiva,
ni perdono á la orgullosa.
Mas, don Rodrigo en mi tienda.
Haréle salir al punto,
pero vos andadle junto
sin que lo advierta ni entienda.

Capit. Ya sueña con su tesoro:
casi, casi, me da pena.

Rold. Bien sabeis; cuando hay gangrena...

Capit. Sí lo entiendo; mas lo lloro.

Rold. Pues guardad algo del llanto,
que á la madre y al rival
la muerte es el menor mal
que les preparo. (*Vase.*)

Capit. ¡Qué espanto!

ESCENA III.

SOLDADOS 1.° *y* 2.° *con un indio atado.—El* 1.° *trae en la mano un collar con una joyuela de oro; el* 2.° *el arco y flechas del indio.—*EL CAPITAN *al foro.*

Sold. 1.° Ande el perro del Pagano.

Sold. 2.° ¡Facil es que se apresure!
No pierden estos su calma
ni cuando el cielo se hunde.

Sold. 1.° Pues verás cómo en el aire
se menea, baja y sube.
Sold. 2.° (*Al indio.*)
¡Oye! ¿no tienes mas oro?
Sold. 1.° Deja que yo le rebusque.
(*Examínale los pies y manos.*)
Sold. 2.° Este es algun pobreton
que no vale le desplumen.
Sold. 1.° Pues la joya...
Sold. 2.° ¿Y qué valdrá?
Sold. 1.° Siempre es mas de lo que truje.
Capit. (*Llegándose á los tres.*)
¿Qué preso es este, señores?
Sold. 1.° Un espía.
Capit. No haya embustes;
porque ya saben que á mí
me los paga el que los urde.
Sold. 2.° Capitan, le hemos hallado
como al que teme la nube,
muy tapado con las matas,
echado al suelo de bruces,
con mas ojos que el aceite...



Sold. 1.° Camarada, no te apures.
Con darle suelta acabamos.
Capit. ¿Si querrá que le salude
dándole un trato de cuerda?
Sold. 1.° ¡Capitan!
Capit. No se chamusque,
como suele sucederle
á quien juega con la lumbre.
Dígame dónde le hallaron.
Sold. 2.° Yo, señor, la posta tuve
en la garganta del monte.
Cuando el sol apenas luce
miro un bulto que cercano
se desliza : un ramo cruje ;
y despues por mas que escucho
nada suena, nada bulle.
Pasa entonces el amigo :
yo le llamo, se reune;

y ya juntos, esploramos
como gentes que presumen
de soldados muy antiguos.
Poco falta á que nos burle
marrajo el indio, señor;
pero al fin, por mas que se hunde
en las quiebras de una roca,
que en las ramas se zambulle,
dimos con él, y acá viene:
nuestros moyores le juzguen.

Capit. ¿Qué responde á las preguntas?

Sold. 1.º No hay medio de que pronuncie
una *Q*.

Capit. Tal vez no sabe.

Sold. 2.º Mas no hablais sin que os escuche.

Capit. Si se propuso no hablar,
no ha de hacerlo aunque le abrumen.
Avisemos al alcalde.

(*Roldan sale de su tienda hablando con don Rodrigo, á quien despide apretándole afectuosamente la mano.*)

Allí está. — No me saludes
en tu vida, cariñoso,
que eres rey de los tahures.

(*Adelántase á recibir á Roldan, y mientras llegan al prescenio le entera de la prision del indio.*)

ESCENA IV.

ROLDAN. EL CAPITAN. EL INDIO. SOLDADOS 1.º *y* 2.º

Rold. ¿Con que es mudo, ó no comprende?
No me conoceis por santo,
capitan; pues voy á hacer
con el espía un milagro.
Traed, traédmele acá
y desatadle los brazos.

(*El indio hace un movimiento para presentar los brazos, y se contiene despues. Desátanle los soldados.*)

¿Veis? Ya principia el prodigio;

poco entiende, pero es algo.
Ven acá. ¿Cuál es tu tribu?
¿Eres caribe ó esclavo?
¿No respondes...? Ten presente
que cuanto quiero lo alcanzo.
Si tardas en responderme
te podrá costar muy caro.
No me sorprendes: ya sé
ablandaros con buen trato.
Una cuerda... Ea, llevadle,
y colgarle de una mano.

(*El indio hace un movimiento de horror, pero recobra luego su serenidad.*)

(*Aparte al capitan.*)

Él es duro, pero el miedo
nos le va á poner muy blando.

(*A los soldados.*)

No: lo he pensado mejor;
una hoguera, y á quemarlo.

(*El indio como anteriormente.*)

Pronto, que muera ese perro.

(*Los soldados van á llevarse al indio; este hace un esfuerzo desesperado, y se arroja á los pies de Roldan.*)

Indio. ¡Compasion, que soy cristiano!
Rold. Santo soy hecho y derecho:
cumplióse en fin el milagro.
Ea, levanta del suelo,
y prepárate á ser franco,
que el brasero no se apaga
hasta que hables, y muy claro.
Indio. Hablaré, pero á tí solo.

(*Roldan hace seña; los demas se retiran.*)

Rold. Está bien: solos estamos.
Indio. Soy caribe, y de los montes.
Rold. ¿A qué viniste á mi campo?
Indio. A espiar.
Rold. ¿Quién te lo ordena?
Indio. De Jaragua me enviaron.
Rold. ¿Y qué intentan?

Indio. No lo sé.
Rold. La hoguera se te ha olvidado.
Qué intentos tienen, pregunto;
y recuerda que un engaño
puede costarte morir,
y morir hecho pedazos.
Indio. ¿He de vender á los mios?
Rold. Con los indios no combato:
si no me ofenden, no temas
que de mí reciban daño.
Los rebeldes de Mogica...
Indio. ¿Y si dél nos separamos?
Rold. El almirante y Roldan
supieran recompensarlo.
Indio. Júrame que á los caribes
serás benigno y humano,
y á Guevara y á Mogica
te entregaré.
Rold. Bien. A espacio.
¿Los odias tú?
Indio. Ni los amo;
pero dices que la paz
tendrán los indios cesando
las querellas que os dividen
y destrozan nuestros campos.
Hijos tengo, tengo esposa,
padres débiles y ancianos;
por ellos guardo mi vida,
y por ellos solos hablo.
¿Qué me importa que gobierne
Roldan, Mogica, ó Hernando?
Tenga yo paz, pues que al fin
de uno ú otro soy esclavo.
Rold. ¿A Mogica has de entregarme
y á Hernando tambien?
Indio. A entrambos.
Rold. ¿Cómo, si estan en Jaragua?
Indio. Hoy á los montes pasaron.
Rold. ¿Con los suyos?
Indio. Con los mas.

Rold. Van huyendo los menguados.
Indio. Del cacique Guarionés,
de los nuestros el mas bravo,
aquel que nunca vencísteis...
Rold. Aun no es tarde: al caso, al caso.
Indio. Van á buscar su alianza.
Rold. ¿Y el necio se la otorgado?
Indio. Guarionés es muy valiente,
y en el consejo muy sabio.
Rold. Pero, acabemos: ¿Mogica...?
Indio. Será tuyo con Hernando.
Rold. ¿La manera?
Indio. La sé yo.
Rold. Y la dices, ó te mato.
Indio. Esta noche han de aguardar
en cierto sitio apartado
los mensageros que envía
Guarionés: son dos ancianos.
Yo conozco bien los montes
y guiaré á tus soldados.
Rold. Eso está bien: mas si tú
les preparas algun lazo...
Indio. ¡Cómo! ¿No basta, Roldan,
que me tengas en tu mano?
Rold. Os conozco, y sé que sois
artificiosos bellacos;
pero no importa: me arriesgo,
y ay de tí si hubiere engaño.
Indio. Aguárdate, que la paz
á los indios no has jurado.
Rold. ¿Tú me pones condicion?
Indio. Y sin ella rompo el trato.
Rold. ¡Miserable! ¿Y el suplicio!
Indio. Podrás hacerme pedazos;
mas mi muerte vale menos
que rendir á tus contrarios.
Paz quiero yo; los caribes
me interesan, no los blancos.
Rold. (*Ap.*) Don Rodrigo irá á Jaragua,
pues ya sin gente ha quedado;

No es mas de media noche. (*Sacudiendo el reló.*)
Corre, vuela:
el curso á los instantes apresura...
(*Reconociéndose y arrojando el reló.*)
Roldan, ¿estás demente, desconfias
de tu constante amiga la fortuna?
¿De esa Higuamota esquiva la belleza
tu prudencia alteró, tu juicio turba?
¡Su belleza...! ¡Yo amor...! ¡Qué desvarío!
Quédese para Hernando tal locura.
¿Qué me importan á mí sus negros ojos?
Me importan los derechos de su cuna.
Sí, Francisco Roldan vino de España
sirviente de Colon: valor y astucia
le han sido menester para elevarse
de donde el amo está casi á la altura.
Me falta un escalon; y he de subirlo:
acaso mas que el almirante suba.
Higuamota la bella, con su nombre
dará á mis alas voladoras plumas.
Si en medio de esos montes el esposo
de la hija de un cacique, en voz robusta
proclama libertad, los indios luego
los hierros romperán que los abruman.
Si á su ciego valor, prudencia y arte
por los cuidados de Roldan se juntan,
Colon, mal quisto, sin auxilio, muere,
ó á España vuelve en vergonzosa fuga.
¿Le atenderán allí? — Vencido y pobre,
tarde será, muy tarde, si le escuchan.
En tanto, aqui Roldan, si alguien resiste,
del inútil valor muy presto triunfa;
ciñe su sien la fúlgida diadema,
y á su poder la isla se subyuga...
Reinar, ser el primero, sin iguales;
postrada ver la reverente turba...
Esperanza, esperanza, eres muy bella:
¡tu brillo encantador tal vez deslumbra!

Cent. ¿Quién va?
Rold. ¿Serán, en fin? (*Levantándose.*)

Cent. El santo y seña.
Rold. (*Acercándose á la puerta.*)
No me vuelvas el rostro, mi fortuna.

ESCENA II.

ROLDAN *y* DON RODRIGO.

(*El* 1.º *ase del brazo al* 2.º *arrastrándole con violencia hasta el proscenio.*)

Rold. ¡Tarde y solo, vive Dios!
Rod. Tarde... no soy mas ligero;
solo, por ser el primero.
Rold. ¿Y viene?
Rod. Vienen las dos.
Rold. No pienso que os mandé tanto.
Rod. Yo, señor, creí acertar;
ni las pude separar,
que era mucho su quebranto.
Rold. Sois, hidalgo, compasivo;
otra vez tened presente
que os quiero solo obediente.
Rod. ¡Buena paga, por Dios vivo!
Rold. Aunque ya lo habreis cobrado
con alguna niñería,
tomad.—(*Dale un bolsillo.*) ¿Qué dijo la impía?
Rod Lindamente ha desfogado.
Rold. ¿Y la madre?
Rod. De su labio
no ha salido mas acento
que decir:—"Hija, consiento
antes morir que tu agravio."
Rold. ¿Presto vendrán?
Rod. Al instante.
Rold. Retirad la centinela;
y vos mismo estad en vela.
Rod. Bien está... (*Ap. yéndose.*) No tiene aguante.
(*Vase, hace retirar al centinela, y quédase en su lugar.—Breve pausa.—Anacaona é Higuamota*

se presentan escoltadas por algunos soldados, que se retiran á una seña de don Rodrigo.— Anacaona sostiene á su hija, y la sienta en el banco que ocupaba Roldan.)

ESCENA III.

ANACAONA. HIGUAMOTA. ROLDAN. DON RODRIGO *en la puerta.*

Anac. Descansa, mi Higuamota, nada temas.
Rold. ¡Temer...! ¿Por qué, señora?—Su sosiego
juro que á procurar...
Higua. Roldan, blasfemas.
Anac. Cálmate, dulce bien; yo te lo ruego.
Rold. Tal vez cede Higuamota á la apariencia;
juzga que despechado la arrebato...
se engaña; de una pérfida violencia
que esté á cubierto, solamente trato.
Higua. ¡Hipócrita!
Rold. Higuamota...
Anac. (*Á Roldan.*) Es una niña:
la arrancan de su hogar; amenazada
se vió por quien no es bien que espada ciña...
Rold. Nombrádmelo, y su culpa castigada...
Higua. Se lo mandaste tú.
Rold. ¡Qué odio implacable!
Higua. Sí, te aborrezco, y amo solo á Hernando.
Anac. ¡Hija!
Higua. Sí, que lo sepa el miserable:
que le aborrezco, moriré clamando.
Rold. ¡Bien empleásteis un amor tan fino!
Anac. Roldan, ¿no es ya bastante lo que hicísteis?
¿Quereis que muera aqui?
Rold. No, por Dios Trino;
ni ella, ni vos, mi intento comprendísteis.
En vez de los denuestos, las injurias,
merezco, acaso, gratitud, señora.
Mañana espuestas á implacables furias
os viérais sin el corto mal de ahora.
Bien sé que en Higuamota cortos años

disculpan el error de su ignorancia:
mas vos ¿cómo ignorar podeis los daños
de escuchar de rebeldes la jactancia?
Al bandido Mogica dais asilo;
y porque tardo en castigar un dia
pensásteis que triunfaba, que tranquilo
dueño de esta region siempre sería.
Volved de vuestro error: caerá mañana
el rayo en la cabeza del culpable,
y entonces la plegaria será vana:
Roldan es, como juez, inexhorable,
pero tambien piadoso como amigo,
y os alejó por eso de Jaragua,
que es bien que el criminal sufra el castigo
donde el delito atroz comete y fragua.
Este mi crimen es: mas si el suplicio
quiere ver Higuamota de su amante...

Anac. Por compasion, no mas, ó pierde el juicio,
que ya el dolor la tiene delirante.
Roldan, yo condenaros no pretendo;
tal vez vuestra intencion ha sido buena,
mas su funesto efecto estais ya viendo;
no puede mi Higuamota con su pena.
Si cuanto hizo por vos Anacaona,
si lo poco que ya le habeis dejado,
si el renunciar por siempre á una corona
sin haberla siquiera suspirado,
algo puede con vos...

Higua. Tened, mi madre.
¡Suplicándole estais? — ¡Tanto desdoro!
Perdí mi libertad, estoy sin padre,
tal vez voy á perder á aquel que adoro:
moriré de dolor, mas lo prefiero
á deberle á Roldan ni una esperanza,
á suplicar al lobo carnicero.

Rold. No es cuerdo provocarme á la venganza.

Anac. No la escucheis. — Tú calla: te lo mando.
Roldan, ¿por qué atendeis á su delirio?
Una madre infeliz está llorando,
y os pide compasion de su martirio.

Rold. ¿Qué pretendeis, señora?—Ya os escucho.
Anac. Dadnos la libertad.
Rold. ¡No sois esclavas.
Higua. Partamos pues.
Rold. Tened, que eso es ya mucho:
cadenas no, pero convienen trabas.
Anac. Iremos á un desierto, si lo quieres.
Yo juro...
Rold. Juramentos temerarios
los del temor.—No fio de mugeres;
y, creedme, es inútil el cansaros.
Pero os diré tambien que muy en breve,
y esto podrá, señoras, consolaros,
el plazo de ser libres llegar debe.
Ya tengo en este instante á los traidores.
Sí; Guevara y Mogica son ya mios.
Mañana espiarán tantos horrores,
mañana acabarán sus estravíos.
El plazo de su vida es el que fijo
á que cese tambien vuestro tormento.
Anac. Perdon para Guevara, que es mi hijo...
Higua. Matadnos á los dos, y lo consiento.

ESCENA IV.

DICHOS *y* DON RODRIGO.

Rod. Llegó ya el capitan, señor alcalde.
Rold. Venga, venga al instante, don Rodrigo.
(*Vase don Rodrigo.*)
Vereis, señoras, si amenaza en valde
Roldan con su venganza al enemigo.
(*Higuamota se cubre el rostro con las manos; Anacaona espera con ansiedad; Roldan manifiesta su gozo.*)

ESCENA V.

ANACAONA. HIGUAMOTA. ROLDAN. EL INDIO. EL CAPITAN. MOGICA, *desarmado y conducido por los soldados.*

Indio. (*Á Roldan.*)
Ya he cumplido mi promesa:

cumple la tuya, y soy libre.

Rold. (*Impaciente al capitan.*)
¿Qué habeis hecho de Guevara?
¿Murió ya?

Mog. Traidor: aún vive.

Rold. ¿Estais mudo, capitan?
¿Qué es de Guevara, decidme?

Capit. Solo hallamos á Mogica.

Higua. (*Ap. á Anacaona.*)
¡Ah! ¡se ha salvado del tigre!

Rold. (*Al indio.*)
¿Y á pedirme libertad
te atreves, traidor insigne?
Si en el dia no lo entregas...

Indio. ¿Pagas asi á quien te sirve?
¿Qué me importa de Guevara...?

Mog. Di que entregarle quisiste,
miserable, como á mí;
mas yo solo al puesto vine,
que no ha querido la suerte
que á emtrambos nos sacrifiques.

Rold. Su dia le llegará.

Mog. Pero en tanto tú te afliges,
tiemblas que venga Guevara,
que me vengue y te castigue.

Rold. Muy bravo estás.

Mog. Como siempre:
nunca contigo fuí humilde.
Está mi suerte en tu mano;
pero tú no me venciste,
porque eres el mas cobarde
de cuantos armas esgrimen.

Rold. Denuestos de un desarmado
se desprecian ó se rien.

Mog. Puede ser que los lloráras
sin los muchos que te asisten.

Rold. Basta, rebelde: á tu juez
á responder te apercibe.
En nombre del almirante,
mi señor, Mogica, dime

si levantaste pendon,
si en su contra armas hiciste.

Mog. Me rebelé contra tí,
que la tierra, infame, oprimes;
armas, á ser mas valiente
ya supieras que las hice.

Rold. ¿Qué descargos puedes dar
en defensa de tu crimen?
que aunque ya lo has confesado,
soy tu juez, y debo oirte.

Mog. ¿A qué profanas las formas,
si mi muerte decidiste?

Rold. Defiéndete. Como juez
me encontrarás impasible.

Mog. Sé que es inútil hablar,
que he de morir, ya lo dije;
pero quiero mis razones,
pues me provocas, decirte.
Yo fuí rebelde contigo,
porque tú me sedujiste:
cuando despues, por la vara
con que tirano nos riges,
engañando al gran Colon,
como traidor nos vendiste,
te conocí; pero acaso,
aunque siempre mal te quise,
no llegára á rebelarme
si tú no fueras un tigre.
Esa víctima inocente
librar de tus manos viles
quiso Mogica: el destino
á su vida marcó el límite.
De la muerte solo siento
que defenderla me impide.

Rold. Mira si algo se te olvida
que tu intento justifique.

Mog. Dispuesto estoy á morir.
Piadoso el cielo me mire.

Rold. En nombre del Rey Fernando,
y el almirante á quien sirve,

Roldan, alcalde mayor
de Jaragua y sus confines,
te condena á que muriendo
tu delito, infame, espíes.

Anac. ¡Ah! perdonadle, Roldan.

Rold. La justicia es inflexible.

Mog. No, generosa matrona,
á ese traidor no te humilles.
No hay piedad en sus entrañas;
de venganza y sangre vive.

Rold. Llamen luego á un misionero;
penitencia le administre.
Ea, llevadle; acabemos.

Mog. Miserable, Hernando vive.

(*Llévanse los soldados á Mogica; el capitan los sigue.*)

ESCENA VI.

ANACAONA. HIGUAMOTA. ROLDAN. EL INDIO.

Higua. ¡Que vá á morir, madre mia!

Anac. Sí, Higuamota: en tu defensa,
por Hernando.

Higua. ¡Suerte impía!
¡Qué funesta recompensa!

Anac. Roguemos por él.

Higua. ¿A quién!

Anac. A Roldan.

Higua. Primero muerta.

Anac. ¿Tú le abandonas tambien?

Higua. No le perdona, estad cierta.

Anac. Es intentarlo un deber;
si despues no lo alcanzamos,
Higuamota, alli hay un Ser
(*Señala al cielo.*)
de quien todo lo esperamos.

(*Acércanse á Roldan, que está como abrumado por el peso de sus remordimientos.*)

Roldan, Roldan.

Rold. ¿Quién me llama?

Anac. ¡Ah! Compasion de Mógica:
la humanidad la reclama,
Higuamota os lo suplica.
Rold. ¿Pedís por él, Higuamota?
Higua. Perdonadle, y os perdono.
Rold. Esa esperanza remota
me la ofreceis con un tono...
Anac. Salvad, salvadle la vida.
Rold. ¡Si del crimen hace alarde...!
No está la llama estinguida;
la rebelion vive y arde.
Yo pudiera perdonar,
aunque me ofende su furia:
magistrado, tolerar
fuera mengua tanta injuria.
Higua. Madre mia, ¿no os lo dije
que Roldan nunca perdona?
Anac. Perdonad.
Rold. Mal se corrige
vuestra hija, Anacaona.

ESCENA VII.

DICHOS *y* DON RODRIGO.

Rod. Señor Roldan, un momento.
Rold. Don Rodrigo, ¿qué sucede? (*Ap. los dos.*)
Rod. Vino un rebelde, y ya hay ciento.
Casi creerse no puede.
Rold. ¿Mas qué es ello? — Acabad presto.
Rod. Que hay en el campo un motin.
Rold. ¿Qué decís?
Rod. Y manifiesto.
Gritan, chillan...
Rold. ¿Pero en fin...?
Rod. Gracia piden por Mogica.
Rold. Acabárais con el diablo.
Rod. Si la gente se nos pica...
Rold. Mi casco. — Dadme el venablo.
(*Don Rodrigo le da lo que pide.*)

Rodrigo, que ellos me vean,
y sabreis si me obedecen.
Los que obstinados me sean,
antes del alba perecen.

(*Echan á andar juntos y salen de la tienda: los versos siguientes los dice Roldan en la puerta.*)

Vos quedad velando aqui:
mas no entreis; que llorar puedan.
(*Yéndose.*)
Gracia piden... Para sí
quiera Dios se la concedan.

(*Roldan se va.—Don Rodrigo en la puerta.*)

ESCENA VIII.

ANACAONA. HIGUAMOTA. EL INDIO.

Higua. Ya respiro: no está aqui.
Anàc. Volverá, Higuamota, en breve.

(*El indio examina cuidadosamente la tienda para certificarse de que no hay en ella persona alguna mas qùe las dos interlocutoras.*)

Higua. Su presencia me acongoja:
ira, temor siento al verle.
Anac. No es muy cuerdo el irritarle,
ni me prueba que le temes.
Higua. Yo no sé, madre del alma,
lo que con él me sucede:
temo su furia implacable;
pero á desprecio me mueve.
Indio. (*Acercándose cautelosamente.*)
Óyeme, noble cacique.
Anac. (*Le mira con desprecio, y continúa el diálogo con su hija.*)
¡Ah! Por tu vida y la mia
debes con él ser prudente.
Indio. ¿No ha de dignarse escucharme
la viuda de mi gefe?
Anac. Mi esposo, nunca lo fue
de traidores cual tú eres.

Con el precio de la sangre
de la víctima inocente
corre lejos de Jaragua
donde nunca pueda verte.

Indio. El bien, acaso, al delito
puede mucho parecerse.

Higua. Tú eres digno de Roldan:
justo será que él te premie.

Indio. Jóven, quisieron comprarme,
yo no he querido venderme.

Anac. Aléjate; con tu aliento
la flor que es pura no infestes.

Indio. Escúchame una palabra,
y despues dame mil muertes.

Anac. ¿Y qué dirás, que te abone?

Higua. Si has de hablar, que sea muy breve.

Indio. Me llevaban á la hoguera...

Anac. ¿Eres tú caribe, y temes?

Indio. Tengo hijos...

Anac. ¡Infeliz!

Indio. Que de estos brazos dependen.
Ese Roldan me ha engañado:
dijo que solo á rebeldes
intentaba castigar;
paz con los indios, mil veces
me juró... Débil he sido,
y el castigo se me debe.
Yo propio me lo daré.

Anac. ¿Y tus hijos?

Indio. Solos queden:
vale mas no tener padre
que vergüenza de tenerle.

Higua. ¡Si te engañó...!

Indio. No hay perdon
al que traiciones comete.

Anac. Sí hay perdon; y tu cacique
por entero lo concede.

Indio. Viviré, pues me lo mandas;
mas otra gracia se atreve
á pretender mi osadía.

Anac. Acaba pronto, ¿qué quieres?
Indio. Dime, ¿viniste cautiva?
Higua. ¿Por voluntad te parece
que haya quien busque á Roldan?
Indio. ¿Por fuerza os trajo el aleve?
¿Esta es la paz que me jura?
No morirá de otra muerte
que una flecha de mi mano.
Anac. Te perdonan: no te vengues.
Indio. Si la fuerza os trajo aqui,
fuerza y astucia se empleen
para salvaros.
Anac. Locura;
perecerá quien lo intente.
Higua. Dejadle hablar, madre mia;
¿qué mal hay en que se pruebe?
Anac. Aqui en su tienda, Higuamota,
entre su pérfida hueste,
¿qué esperanza has de tener
que tus males no envenene?
Indio. No: la hija del cacique
mejor que tú me comprende.
Esos hombres que de hierro
visten del pie hasta la frente,
terribles son en los llanos,
pero en los montes se pierden:
vuestra planta de los riscos
la costumbre tuvo...
Higua. Y tiene;
sí, madre, y en las montañas
mi Guevara nos defiende.
Anac. Hija, ¿y salir de esta tienda?
Hay en su puerta quien vele.
Indio. Ese estorbo yo le quito.
Anac. Aunque eso fuera, hay mas gente.
Higua. ¡Tú que siempre me alentabas,
madre mia, tanto temes!
Anac. No quisiera, por tu vida,
empeorar nuestra suerte.
Yo conozco de Roldan

el furor: si algo le enciende,
ni tu belleza te escuda,
ni por tu amor se contiene.

Indio. Muy oscura está la noche;
cercano el monte; y por ese
(*Señalando á don Rodrigo.*)
no tengais temor ninguno.
(*Muestra un puñal.*)

Anac. ¡Asesinarle!!

Higua. No: vete.

(*Retírase el indio despechado, pero observa continuamente á don Rodrigo, á quien se ve pasear por delante de la puerta.*)

Anac. (*Á su hija.*)
Poco bueno podrá ser
lo que en un crimen se empiece.

Higua. Resignémonos, mi madre,
con lo que Dios nos ordene.

Anac. Tranquila está la conciencia;
vengan los males si quieren.
Tu madre no te abandona;
á Guevara el sol protege:
da gracias, hija del alma,
al Señor omnipotente;
él te libre de peligros,
y tu inocencia conserve.

Higua. Tus palabras, madre mia,
á Higuamota fortalecen.
Digna de tí morir quiero
si ya está escrita mi muerte.

(*Abrázanse y hablan entre sí.— El indio observa á don Rodrigo.*)

Indio. ¡Ay del guerrero que escucha
los consejos de mugeres:
débil es en la ocasion
la que parece mas fuerte.
—Mi obligacion es salvarlas
del peligro, aunque les pese.

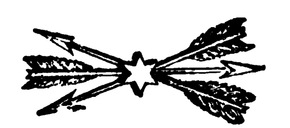
(*Echa mano al puñal, y va á acometer á don Rodrigo; pero mirando este, al pasar, á lo interior

de la tienda, se contiene aquel, y cruza los brazos, quedando en actitud tranquila.)

Has alargado tu vida.
(Vuelve á pasar don Rodrigo.)
Bien está: no puede verme.
Asi, cristiano, te quiero:
otro paso mas, y mueres.

(Da un salto, coge por la espalda á don Rodrigo, con el brazo izquierdo le tapa la boca, al propio tiempo le clava el puñal en la garganta, y despues lo deja en el suelo de manera que haga el menor ruido posible. — En seguida, y con el puñal en la mano, se acerca á Anacaona é Higuamota.)

Indio. Presto al monte todos tres.
Higua. ¡Monstruo! ¿Al fin le diste muerte?
Indio. Cuantos halle aqui Roldan,
sin otra culpa perecen.
Anac. Malvado, por tu delito.
Indio. Tiempo habrá de que le vengues:
salva á Higuamota contigo:
desierto el campo parece;
de mí harás en las montañas
lo que á cuento te viniere.
Anac. Huyamos pues: no hay remedio.
Higua. ¡Dios de Guevara, protege
á su madre y á su esposa!
Indio. Prisa y silencio.—Si os sienten...
(Vanse.—Cae el telon.)



CUADRO QUINTO.

La escena en la plaza de Jaragua, formada por grandes árboles y las rústicas habitaciones de los indios, entre ellas la de Anacaona, mayor y construida con esmero. - En el foro un anfiteatro de céspedes, con dos asientos preeminentes.

ESCENA PRIMERA.

ANACAONA *y* GUARIONÉS *en los asientos preeminentes;* LOS CACIQUES *en los restantes;* EL CAPITAN *en pie en el proscenio.*

Guar. Te escucha el consejo de nobles caciques:
¿qué pide, qué quiere, qué intenta Roldan?
Capit. Intenta que el indio no rompa los diques
de aquellos que al yugo sujetos estan.
Guar. Si abusas, guerrero...
Capit. Si abuso, mi espada...
Anac. (*A Guarionés.*)
¡Cuál ímpetu loco tu lengua movió!
Estais en Jaragua, yo soy la agraviada.
Hablad, castellano.
Capit. Roldan me mandó,
señora, á esplicarme con vos en su nombre:
pensó que era facil tratar la amistad;
y os hallo dispuesta, por mas que me asombre,
tan mal...
Anac. ¿Quién lo dice?
Capit. Los hechos: mirad.
(*Señala á Guarionés.*)
Contemplo sentado junto á Anacaona
al fiero enemigo del nombre español...
Guar. A aquel que de libre, de bravo blasona;

que solo se humilla, soldado, ante el Sol.....
Yo soy el que aun puede llamarse caribe.
Capit. En breve tu orgullo caerá, Guarionés.
Guar. No cuenta el guerrero los dias que vive,
sino los contrarios que mira á sus pies.
Capit. Es fuerza, señora, que al campo me vuelva,
no debo sus necias bravatas oir.
Anac. Si nada habeis dicho, ¿quereis que resuelva...?
Capit. Estando él presente no debo decir.
(*Anacaona mira á Guarionés manifestando perplejidad; el cacique examina á los demas, y viéndolos abatidos se levanta.*)
Guar. (*A Anacaona.*)
En tí no me asombra, que débil naciste.
(*A los caciques.*)
Vosotros ya ha tiempo que el yugo sufrís;
mi cuello doblarse á la infamia resiste.
Os dejo, y me venga la paz que pedís.
(*A Anacaona.*)
Muger desdichada, tu miedo te engaña;
tú propia apresuras la suerte fatal.
Te entregas inerme del monstruo á la saña;
Roldan nunca olvida; veráslo en tu mal.
(*Al capitan.*)
Y tú, cuando vuelvas, diráslę que has visto
al indio que burla su ciego furor;
que vivo; y que en tanto que viva, resisto
que siembre mis montes de luto y de horror.
(*Vase: algunos caciques le siguen: el 1.°, el 2.° y otros permanecen con Anacaona.*)

ESCENA II.

DICHOS, *menos* GUARIONÉS.

Capit. La muerte te espera muy pronto, insensato:
serás como paja que el viento arrastró.
En fin, en su ausencia posible es el trato.
Oid: vuestra ofensa, Roldan perdonó.
Olvida que disteis amparo á Mogica,

pues ya en el suplicio pagó su traicion;
tambien que la sangre de un noble salpica
su tienda, y que fuísteis del mal la ocasion.
Olvida que evita su muerte Guevara;
y ni aun quien le esconde pretende saber.
¿Y cuándo perdona? — Cuando le bastára
para vuestra ruina tan solo querer.
¿Pensais que los indios que os cercan acaso
un solo momento tuvieran ante él?
¡Locura! — Ni estorbo le fueran al paso.
Mil pruebas, y alguna teneis muy cruel.
Pues hora el alcalde con paz os convida:
dejad vuestras armas, no hay mas condicion.
Teneis en la mano la muerte y la vida,
la ruina ó ventura de vuestra region.

Anac. Roldan con la ofensa su fuerza exagera:
sabemos del fuego las llamas sufrir;
si el indio no es hierro, tampoco es de cera,
y el hierro de España no impide el morir.
La paz que propones, aqui la anhelamos:
caciques, las armas debemos dejar.

Caciq. 1.° En tí, en su palabra la vida fiamos.

Caciq. 2.° La paz por sus dioses nos venga á jurar.

Anac. Venga: si me engaña, tendrá en su conciencia
un júez inflexible, que nadie engañó.

Capit. Al punto, señora, será en tu presencia;
cercano á tu corte, de mí se apartó.

ESCENA III.

DICHOS, *menos* EL CAPITAN.

(*Anacaona y los caciques dejan sus asientos.*)

Anac. No mas guerra. — ¡Pobre pueblo,
tú sufres sus males solo!
Arriesguémonos por él,
pues se lo debemos todo.
Id, amigos: que las armas
dejen, que cese el enojo;

vuelva otra vez la alegría
á contemplarse en los rostros.
Disponed algunas fiestas
en muestra del alborozo.
Gozad, gozad, mientras yo,
desdichada madre, lloro.
(*Vanse los caciques.*)

ESCENA IV.

ANACAONA.

¡Ay misera de mí! ¡cuán sin ventura
nací para los males destinada!
¡Prenda del alma mia,
hija de mis entrañas,
en qué tremendo, inolvidable dia,
vinieron para tí gentes estrañas!
Tú vagas hoy... No vagas, no, que huyes
con tu esposo adorado en esta tierra,
donde nacer te vieron,
donde en la rica cuna
tributos los caribes te rindieron.
¡Triste mudanza, mísera fortuna!

ESCENA V.

ANACAONA *y* EL INDIO.

Indio. ¿Anacaona, es verdad?
Apenas creo á mis ojos.
Anac. ¡Eres tú! — ¿Dónde los dejas?
¿Cómo te miro tan pronto?
Indio. Estan seguros, señora;
pero...
Anac. ¿Higuamota y su esposo
ya llegaron á Isabela?
¿Cuándo será su retorno?
Indio. Antes de ocultarse el sol
los verás.

Anac. ¡O dicha, ó gozo!
Colon, sin duda, á Guevara
dió su perdon generoso.
Indio. Sí perdonó por tu nombre.
Quité la máscara al monstruo,
conócele el almirante,
y le castiga, supongo,
pues Guevara trae soldados...
Anac. Asi es Colon, le conozco:
con los pérfidos severo,
con los débiles piadoso.
Pide albricias, mensagero,
y dispon de mis tesoros.
Indio. ¿Pero son tuyos aún?
Anac. ¿Qué preguntas? ¿Estás loco?
Indio. ¿Eres libre? ¿Eres esclava?
Háblame, que estoy absorto.
Guarionés salió de aqui,
ya Roldan no encuentra estorbo...
Anac. Vendrá á jurarme la paz.
Indio. Del cordero con el lobo.
Anac. Ya Guevara perdonado,
¿por qué temerle?
Indio. Furioso,
mas cruel que nunca fue,
le tendrás con verle solo.
Anac. Si él falta á sus juramentos,
yo no soy quien me deshonro.
Indio. Anacaona, preveo
de tu Jaragua el destrozo.
Anac. Mis hijos vienen.
Indio. Tardarse
pueden: implora el socorro
de Guarionés. — No te engañes,
Roldan vive para el odio;
imagina que pudiera
sin tu esfuerzo ser dichoso.
Si sabe que de Higuamota
para siempre dueño es otro,
¿qué le resta? — La venganza,

que prefiere acaso al trono.

Anac. Aunque Roldan no sea bueno,
pondrá á los crímenes coto;
ni dará por mi desdicha
en un punto honra y decoro.
Resuelta estoy, ya lo dije,
y lo pactado no rompo.

Indio. Acuérdate de Mogica.

Anac. ¡Infeliz! su muerte lloro,
pero yo no fuí rebelde,
y al suplicio no me espongo.

Indio. Roldan viene: un solo instante
resta no mas.

Anac. Huye pronto:
si llega á verte...

Indio. ¿Rehusas?

Anac. Vete: sí.

Indio. No sepa el monstruo
la venida de Guevara,
ó te servirá muy poco. (*Vase.*)

ESCENA VI.

ANACAONA. ROLDAN. EL CAPITAN. MARTIN. LOPE. EL AVENTURERO. CACIQUES. SOLDADOS. AVENTUREROS. PUEBLO INDIO.

Anac. Llega, Roldan: inerme está Jaragua;
en tu sola palabra se confia.

Rold. Yo conozco á Jaragua, Anacaona:
sé quien en ella la discordia atiza;
su instante llegará. La paz otorgo
por el bien de ese pueblo, que me inspira
mas que odio, compasion, y no pretendo
que entero le castigue mi justicia.

Anac. Lo que pasó dejemos al olvido:
celebremos la paz.

Rold. Será otro dia:
primero los culpables se castiguen.
Pendiente está sobre ellos la cuchilla:

ya es tiempo, Anacaona, de que cese
la impunidad que alienta á la perfidia;
es tiempo, en fin, que la traicion oculta
por tanto crimen galardon reciba.

Anac. ¡Qué lenguaje, Roldan! — ¿Será posible
que vengues...?

Rold. No se venga el que castiga.

Anac. ¿Con qué derecho aqui? La paz juraste:
¿no tienes el romperla por mancilla?

Rold. Roldan aun no ha jurado; mas no intenta
romper la paz porque tambien suspira.

Anac. ¿Por qué entonces Roldan nos amenaza?
Habla, sepamos el tremendo enigma.

Rold. Si tú inocente estás, ¿por qué alarmarte?

Anac. Bástame mi inocencia á estar tranquila,
mas tiemblo por mi pueblo.

Rold. ¡Por tu pueblo!
Tú y él sois ya vasallos de Castilla.
En nombre del monarca castellano
justicia por mi mano se administra.
La paz, cuando se ajusta con rebeldes,
al motor de la muerte nunca libra;
y, abreviemos razones, voy al punto,
sin que palabras necias me lo impidan,
á cortar de una vez tamaños males
segando la garganta de la hidra.

(*Vuelto hácia sus soldados, que rodean á los indios.*)

Si una voz se levanta, si hay quien ose,
soldados, oponerse á la justicia,
armas teneis, y os manda vuestro alcalde
que pague el delincuente con la vida.

Anac. Roldan, desde la bóveda celeste
el Supremo Hacedor te escucha y mira:
no creas que el perjurio deje impune.

Rold. Ni temo imprecaciones, ni me irritan
denuestos de vencidos y mugeres.
Bien sabes qué sirvieron á Mogica
los que me dijo airado en tu presencia.

Anac. ¿Y puedes evitar que te persiga

su ensangrentada sombra, como acaso
perseguirá al traidor la airada mia?

Rold. ¿Quién dijo, Anacaona, que te espera
la suerte del menguado?

Anac. ¿Quién?—Tu ira.

Rold. Bien pudieras decir que tu conciencia
que la sentencia justa profetiza.

Anac. En fin, Roldan, acaba.—Desarmados
los mios, es forzoso que se rindan.
¿Qué dispones de mí?—¿Cuál es mi suerte?
Piensa que al responder tú propio dictas
el juicio que á tu nombre y á tu pueblo
en la futura edad tal vez se escriba.

Rold. Tu suerte la sabrás, y muy en breve.
Cómplices tuvo en su traicion Mogica;
tú fuistes uno de ellos: lo perdono.
Guevara se salvó: Roldan lo olvida;
pero hay un crimen mas, crimen horrendo
que no admite perdon y se castiga.
Españoles, oid: cuando engañosa
nos llama la cacique en paz mentida,
¿sabeis con cuál banquete nos festeja?
Id al monte, y vereis la turba impía
con que del torvo Guarionés la saña
prepara en esta noche nuestra ruina.
(*Murmullo de indignacion entre los españoles.—*
Señales de abatimiento en los indios.)

Anac. Mintió: no le creais. Su lengua infame
cómplices busca, velo á su perfidia.

Rold. Insultos no son pruebas. Las montañas
dirán quién de los dos habló mentira.

Capit. (*A los españoles.*)
Guarionés aqui estaba cuando vine.

Mart. Nos venden, sí.

Lope. Matemos á la india.
(*Nuevos murmullos.*)

Rold. No, compañeros, no: probar conviene
antes de castigarla su ignominia.

Anac. ¡A una muger, Roldan!—Eres cobarde.
—Mirad que ese traidor os alucina;

que servís de instrumento á su venganza.

Voces. Muera.

Otras. Matarla, sí.

Anac. No hay quien lo impida.
Clavad vuestros puñales en mi pecho
de mi indefenso pueblo aqui á la vista.

Rold. Basta ya: nadie á tocarte será osado:
la hora de tu juicio se aproxima.
Llevadla á su mansion.
(*Movimiento en los indios.*)
Si alguien resiste,
enséñenle obediencia vuestras picas.
(*Llegándose á Anacaona, y á ella sola.*)
Tu suerte está en mi mano: aun hay un medio
que te puede salvar.—Tú lo medita.
(*Anacaona le mira con desprecio y entra en su casa, siguiéndola dos soldados.*)

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* ANACAONA.

Rold. Tomad la escuadra que dejé en la entrada,
y observad de los indios la guarida.

Capit. Lo haré; ¡y ay de ellos si bajar al llano
intenta su frenética osadía! (*Vase.*)

Rold. (*A un aventurero.*)
Id vos, y los que cercan á Jaragua
mirad si cual conviene la vigilan.
Permaneced alli: muerte y estrago
sembrad si alguno contra Nos conspira.
(*Retirase, saludando, el aventurero.—Roldan dirige la palabra á los indios.*)
Nada temais vosotros: contra el pueblo
que español como yo ya se apellida,
no quiero, aunque culpable se ha mostrado,
que el hierro vengador mi mano esgrima.
Marchad á vuestras casas, mientras recto
su fallo el juez á los culpables dicta.
(*Empieza el pueblo á salir de la escena.*)

Seguidlos, Lope: si la ley desprecian
sobre ellos caiga el peso de mis iras.

(*Lope sigue al pueblo con algunos soldados. Los caciques van á retirarse; Roldan hace seña á Martin, que con algunos soldados se lo impide.*)

Vosotros no, caciques: solo al pueblo
el perdon concedido se limita.
No es bien que á los fautores deje impunes;
y vosotros lo sois. Pronta justicia
prometo al inocente, á fé de honrado:
el criminal despídase á la vida.
Pero un medio le queda de hallar gracia
al culpable tambien. Si franco esplica
los motores del mal, yo le perdono.
Un hora os doy de plazo: si ella espira
sin que cumplais la condicion impuesta,
caerá sobre vosotros la cuchilla.

(*A Martin.*)

Marchad con ellos vos: cumplido el plazo,
responde esa cabeza del que exista.

(*Vase Martin con los soldados, escoltando á los caciques.—Queda solo un centinela en la puerta de la casa de Anacaona.*)

ESCENA VIII.

ROLDAN.

Roldan, no te quisieron como amigo;
pues bien, como enemigo te resistan.
Venganza, sí, terrible y espantosa,
venganza que á mí propio me horroriza,
pero que puede sola compensarme
el trono que esos pérfidos me quitan.
Lo perdí para siempre: fue un ensueño,
un rayo de esperanza y de alegría,
brillante exhalacion que en noche oscura
luce, y fugaz en humo se disipa.
¡Súbdito de Colon...! No hay ya remedio.
Colon, tu nombre á mi venganza sirva.

¿Por qué desesperar?—Tengo en mi mano
un resto de esperanza, leve chispa
del fuego que cesó: tal vez con ella
la llama antigua á mi poder reviva.
(*Acércase á la casa de Anacaona y hace retirar-se al centinela.*)

ESCENA IX.

ROLDAN. ANACAONA.

Rold. Venid, señora, aqui.
Anac. (*Saliendo.*) Roldan, ¿qué quieres?
Rold. Que de tu propia suerte tú decidas;
que escuches una vez, sin prevenciones,
de la razon en fin la voz amiga.
Anac. Nunca negué el oido á tus palabras.
Rold. Si fueron escuchadas, no creidas.
Anac. Una vez las creí, y harto me pesa.
Rold. Tu orgullo es quien tus pasos precipita;
ese indomable orgullo te ha perdido.
Anac. Mi buena fé me pierde y tu perfidia.
Rold. Refrena, Anacaona, tus palabras:
Roldan es aqui dueño, leyes dicta:
¿quién puede resistirse á sus preceptos?
Anac. No ignoro que eres dueño de mi vida.
Rold. Si tal sabes, locura es insultarme.
Anac. Quien va á morir, hablando no peligra.
Rold. ¿A morir? ¿Y por qué?—Tan implacable
no soy, Anacaona.—¡Qué te admiras!
Me juzgaste muy mal: severo he sido
tan solo con el pérfido Mogica.
Rebelde fue, y no á mí: del almirante,
del excelso monarca de Castilla
menospreció la autoridad suprema:
con muerte tal delito se castiga.
Anac. ¡Y nosotros, Roldan!
Rold. Vosotros fuísteis
cómplices en su crimen.
Anac. No: mentira.
Rold. ¿No le amparásteis?

Anac. No.
Rold. ¡Cómo! ¿En Jaragua
no estuvo?
Anac. Sí.
Rold. Pues bien, ¿qué me replicas!
Anac. Te digo que los indios son esclavos;
á la fuerza es razon que el cuello rindan.
Culpa tuya será si te vencieron:
venciendo, nuestro dueño fue Mogica.
Os querellàis vosotros, y en los indios
cargais vuestro furor, cebais las iras...
Rold. Inútil razonar: lo que te importa
es ver cómo te salvas á tí misma.
Anac. ¿No basta mi inocencia?
Rold. Estás culpada.
Anac. ¿La prueba?
Rold. Que á un rebelde das tu hija.
Anac. Le he dado esposo noble y que la adora.
Rold. ¡Esposo!
Anac. Sí: lo tiene.
Rold. ¡Maldecida!!!
(*Breve pausa.—El furor ahoga á Roldan.*)
¿Su esposo es ya Guevara?
Anac. Para siempre.
Rold. ¡Y yo para mi esposa la queria!
Anac. Nunca te amó, Roldan: fueras con ella
infeliz.
Rold. ¿Qué te importa mi desdicha?
Ya no puedes dudar de tu sentencia.
Anac. Tu fama muere al punto que la firmas.
Rold. Marcha; no mas, no mas: no quiero oirte.
Anac. Tu víctima te escucha muy tranquila.
Rold. Sí, lo serás, muger de infausto agüero,
estorbo á mis proyectos, furia impía.
Obstáculo constante á mi ventura,
implacable, solícita enemiga:
Los dos juntos, jamas: Roldan perezca,
ó tu garganta la segúr divida.
Anac. El cielo vengador del inocente
te pedirá, Roldan, la sangre mia.

Rold. Basta de hablar. — ¡Soldados! Custodiadla:
(*Salen cuatro soldados.*)
de ella me reɾpondeis con vuestra vida.
(*Conducen á Anacaona á su casa: entra con dos soldados, y quedánse dos á la puerta.*)

ESCENA X.

ROLDAN *y* LOS SOLDADOS.

Rold. (*A uno.*)
Quedad vos á esa puerta: no entre nadie.
(*A otro.*)
Llamadme al punto al capitan García.
(*Vase el soldado.*)
¡Esposo ya Higuamota! — Anacaona,
no yo, tú propia tu sentencia dictas.
Guevara, eres feliz... por poco tiempo:
tranquilo no has de estar mientras yo viva.
Morirá: nada arriesgo en la venganza
que encubro con el manto de justicia.
¡Dueño de su beldad, de sus tesôros,
eterno objeto para mí de envidia...!
Nunca, nunca será: Guevara, tiembla;
llegado es el momento de tu ruina.

ESCENA XI.

ROLDAN. MARTIN.

Rold. Y bien, ¿han confesado esos traidores?
Mart. Tenaces al principio, resistian.
Rold. ¿Dicen que es ella, en fin, quien los incita?
Mart. Dos lo han dicho, señor.
Rold. Eso me basta.
Hacedlos conducir aqui en seguida.
(*Vase Martin.*)
La ley te mata y venga mis agravios.
Contigo, acaso, muere mi desdicha.
(*Acércase Roldan al centinela, habla con él, y*

entra este en la casa de Anacaona.— Despues de un breve espacio, durante el cual Roldan se pasea con impaciencia, entra Martin con soldados conduciendo á los caciques 1.° y 2.°: los que custodiaban á Anacaona salen con ella de la casa: Roldan ocupa el asiento preeminente del anfiteatro.)

ESCENA XII.

ANACAONA. ROLDAN. CACIQUE 1.° CACIQUE 2.° MARTIN *y* SOLDADOS.

Rold. Cacique de Jaragua, tu delito
probado está: tus cómplices lo digan.
Anac. ¡Ellos tambien me acusan! Imposible.
Caciq. 1.° ¡El tormento...!
Caciq. 2.° Qué hablaba no sabia.
Rold. Es tarde ya: dijísteis, y está escrito.
Estás como rebelde convencida:
la pena de tu crímen es la muerte:
te la impone Roldan: vas á sufrirla.
Anac. El cielo, que conoce mi inocencia,
piadoso allá en su seno me reciba.
(*Los caciques sollozando se arrojan á sus pies; ella los levanta.*)
Caciq. 1.° ¡Perdon!
Anac. Alzad.
Caciq. 2.° Perdon á mi flaqueza.
Anac. No es ella quien me mata. Ese homicida,
deshonra de su patria, vil verdugo,
venga en la madre agravios de la hija.
A mi pobre Higuamota os encomiendo:
preservadla del tigre, Dios la libra.
Buscadla, amigos, sí: que yo, decidla,
pensé en ella no mas en este instante,
en ella, mi tesoro...
(*En este momento se presentan Guevara é Higuamota, guiados por el indio, que les señala á Roldan y á Anacaona.—Siguenles soldados de Guevara, el capitan, Lope y aventureros.*)

ESCENA XIII.

ROLDAN. ANACAONA. GUEVARA. HIGUAMOTA. EL INDIO. LOS CACIQUES. EL CAPITAN. MARTIN. LOPE. AVENTUREROS. SOLDADOS.

Higua. (*Arrojándose en los brazos de su madre.*)
¡Madre!
Anac. ¡Hija!
Rold. (*Bajando de su asiento.*)
¡Higuamota!
Higua. Malvado, al fin no triunfas.
Rold. (*A los suyos.*)
¡Los rebeldes! ¡traicion! (*A Guevara.*) Ya no te libras.
Guev. Tú eres, Roldan, quien hoy de tanto crimen
la sangrienta carrera al fin terminas.
Soldados, de Colon vuestro almirante
respetad los preceptos.
(*Entrega al capitan un pergamino con sello. Martin, Lope y los aventureros rodean al capitan, que les muestra el pergamino.*)
Capit. Es su firma.
Guev. Inútil fuera resistir: mi hueste...
(*Muéstrales con la mano sus soldados, que los han cercado. El capitan le devuelve el pergamino.*)
Capit. Al nombre Colon todo se humilla.
(*Señales de adhesion en los demas; Roldan aterrado observa los semblantes.*)
Rold. ¿Me abandonais, cobardes, fementidos?
Guev. Obedecen la ley: tú que la aplicas
severo á los demas, muestra que sabes
cuando te toca á tí, tambien cumplirla.
Las armas.
Rold. ¡Cómo! ¡Preso! ¿Quién lo ordena?
(*Guevara le entrega el pergamino, que él examina.*)
(*Lee.*) "Guevara el pueblo de Jaragua rija..."
"Roldan puesto en prision..." (¡Hay desventura!)
"Cuenta de su gobierno al punto rinda..."
(*En tanto que lee Roldan, Guevara oye á Ana-

caona con visibles señales de indignacion: al acabarse la lectura Guevara corre á Roldan y le arranca la espada, al propio tiempo que algunos soldados de los de aquel cercan á este.)

Guev. ¡Asesinarte quiso! Muera al punto.
Anac. Guevara, no: perdónale. No tiñas
tus manos con su sangre, aunque culpada.
Guev. No hay perdon á su crimen.
Higua. Vida mia,
nunca fuiste cruel.
Guev. ¡Por él me ruegas!
Anac. Sí, rogamos por él, aunque á mi vida
quiso atentar el monstruo. Yo me vengo,
Guevara, suplicándote que viva.
Huya de aqui el malvado: no emponzoñe
el gozo que sentimos con su vista,
y lleve por castigo en la conciencia
el fuego que devora al homicida.
Higua. Sírvale de tormento tu ventura:
dogal lleva bastante con su envidia.
Rold. ¡Oh! Mátame, Guevara: te lo ruego.
Guev. No, Roldan: ya lo oiste, es bien que vivas.
Una muger te enseña á ser valiente,
una muger, Roldan, sabia te humilla.
Guevara te perdona: vive, y pueda
perdonarte tambien en su divina
clemencia el alto Dios. Llevadle, amigos;
hoy mismo parta á la española orilla.
(Algunos soldados se llevan á Roldan.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, *menos* ROLDAN.

Anac. Guevara, el perdonar es ser del cielo
ministro en los confines de la tierra.
Partió Roldan: tendamos denso velo
sobre el pasado mal, cese la guerra.
Hernando, mi Higuamota, mi consuelo,
en vosotros no mas mi bien se encierra.

¡Ah! ya puedo esperar tranquilamente
que me llame ante sí el Omnipotente.

Higua. Pues que sucede, en fin, plácida calma
del terrible huracan á la violencia,
solo á hacerte feliz, madre del alma,
consagraremos ambos la existencia.
No aspira mi Guevara ya á otra palma
que á imitar tu virtud y tu prudencia:
sí, mi filial amor y su ternura
harán, madre adorada, tu ventura.

Guev. Sí, mi bien, sí, mi madre, claro brilla
un astro de ventura en el oriente;
ya del nombre español, vil no mancilla
un pérfido la gloria refulgente.
Soldados, el monarca de Castilla
su hueste quiere ver justa y valiente:
no es digno el que en los débiles se ensaña
del nombre del honor de nuestra España.

FIN DEL DRAMA.

Escuela

136

[illegible]

ESC[illegible]

[illegible]

[illegible]

